

COLECCION

DELITOS Y CASTIGOS

HACE 28 AÑOS EL PAÍS
SE CONMOVIÓ CON

EL CASO PENJEREK

TODAS LAS FOTOS
TODOS LOS TESTIMONIOS

EL ASESINO PRESIONÓ
Y GANÓ



הבתולה מינדל
נפ כט סיון התשכב
תנ צ"ה



NORMA MIRTA PENJEREK

25.8.1962

A LOS 16 AÑOS

EL SUR ESTABA PODRIDO

POR SERGIO SINAY

ILUSTRACIONES MAX LUCHINI

POLICIAL EN SERIO

INFORME ESPECIAL
OPERACION
TANGOSTINO

*Antes de elegir
"PROTAGONISTAS"
usted quizá
se acostaba temprano*



*Ahora,
es demasiado tarde...*

Un programa hecho de igual
a igual, con la gente.
Donde nos ubicó:
primeros en audiencia.

conducen:

Eduardo Aliverti, Ricardo Horvath.

en las noticias:

José María Schinocca.

equipo de producción:

Javier Rubel, Marisa Strelczenia,
David Zanazzi.

columnistas:

Marcelo Bartolomé, Liliana Daunes,
Miguel Ángel Fuks, Eleonora Gosman,
Ernesto Lamas, Julián Lemoine,
Omar López.

coordinación en estudio:

Agustín Tealdo

producción ejecutiva:

Alejandro Morales

Lunes a viernes. 22 a 24.

PROTAGONISTAS

La otra forma de escuchar noticias



COLECCION DELITOS Y CASTIGOS

**AÑO 1 • N.º 3
SEPTIEMBRE 1991
STAFF**

Editor responsable

Alberto Schprejer

Idea y dirección

Mauricio Cohen Salama

Secretaría de redacción

Miriam Lewin

Redacción

Rafel Hochman

Diagramación

Puppo / D'Alessandro

Relato

Sergio Sinay

Ilustraciones

Max Luchini

Opinión

Susana Viau

Héctor Schmucler

Fotografía

Daniel Esmerado

Pablo de León

Colaboradores

Lito Moguillner

Fernando Aguinaga

Juan José Salinas

Corrección

Gabriela Alegre

Armado

Luis Mouzo

Prensa y RR PP

Gabriela Mariel Domínguez

Asesoría legal

Alejandra Taddei

Héctor Masquelet

Impresión

Ediciones Gráficas Mundo

Color, Santa María del Buen

Aire 843, Capital Federal.

Teléfono: 21-3173

Delitos y Castigos

es una publicación mensual

de Editorial Misterio (en

formación), Montevideo 928,

7mo. D, Capital Federal.

Teléfonos: 42-1605 y

812-7342. Propiedad Intelectual

en trámite.

Distribución

En Capital Federal y Gran

Buenos Aires: Vaccaro Sánchez

y Cia. S.A. Moreno 794, piso 9,

Capital Federal. Teléfonos: 34-

4031/2, 334-8422 y 30-7508.

En el interior del país:

D. I. S. A. (Distribuidora

Interplazas Sociedad Anónima),

Pte. Luis Sáenz Peña 1836,

Capital Federal.

Teléfonos 23-9377,

26-3160 y 27-6645.

S U M A R I O

EL SUR ESTABA
PODRIDO

por Sergio Sinay, 2

CRONOLOGIA

14

INVESTIGACION

El prostíbulo del Sur, 16

"Quedó enganchada en una fiesta
negra". Entrevista al comisario Jorge
Colotto, 17

¿Viva o muerta?, 18

El Implacable y la doctora, 19

Los vaivenes de la Sisti, 20

El silencio de Lulú, 20

"Nunca había vendido tantos
zapatos". Entrevista a Pedro
Vecchio, 21

ASESINOS
DE POCA MONTA

por Susana Viau, 22

CONDENADOS
POR LA MEMORIA

por Héctor Schmucler, 23

OPERACION
LANGOSTINO

por Juan J. Salinas y DyC, 25

P O L I C I A L E N S E R I O

Delitos y Castigos es una publicación mensual que aborda en cada edición uno de los casos más resonantes de la historia del crimen en la sociedad argentina -en esta entrega, el asesinato de Norma Mirta Penjerek.

Las alternativas del caso fueron recreadas por el escritor y periodista Sergio Sinay y por el ilustrador Max Luchini, a partir de una minuciosa investigación realizada por la redacción de DyC.

Entrevistas, notas de investigación y columnas de opinión completan la información necesaria para dar al lector una versión de los hechos fidedigna y completa.

A partir de este número, se incluirán informes especiales o relatos sobre un segundo caso. Esta modalidad se inicia con la publicación de varios artículos sobre la "Operación Langostino", nombre que dio la prensa al decomiso de unos 600 kilos de cocaína.



EL SUR ESTABA PODRIDO

La muerte de Norma Mirta Penjerek, que por aburrimiento o complicidad se califica de "misteriosa", ha dado lugar a las hipótesis más estrafalarias. Según la más grotesca, pergeñada por un abogado vinculado a los acusados, la chica se escapó a Alemania con un muchacho católico y el padre, temeroso de afrontar el desprecio de la colectividad judía, decidió seguir, durante más de tres años, una farsa judicial que la daba por muerta. Sin embargo, luego de un examen detenido de los hechos es fácil comprender qué sucedió y, al mismo tiempo, advertir la impunidad de las maniobras para encubrir al asesino.



televisor, un aparato grande y tosco que emite imágenes en blanco y negro. Pero el cuerpo de su padre obstaculiza la visión. Está alterado. La mano con que le pegó

se balancea contraída, parece a punto de repetir el movimiento.

—¡Basta de estupideces! —dice Enrique Penjerek— ¡No quiero verte más perdiendo el tiempo en tonterías, como esos versitos que se te da por escribir! ¡Empezá a prestarle más atención a tus estudios!

Norma lo mira a través de las lágrimas. Quiere decir algo, explicar que no son estupideces, que son sus sentimientos, pedirle que lea sus poemas para entender. Pero las palabras se ahogan en el temor. El padre apaga el televisor mientras maldice las tontas canciones del cantante que grita y se menea en la pantalla. Después se va con rumbo al dormitorio. Clara Breiman ha observado la escena en silencio. Comprende tanto la indignación de su marido como el dolor de su hija. Después de todo ellos tres son como un solo cuerpo, compacto, las células unidas. Acaso demasiado. Ella quería que

ruza el breve espacio que la separa de su cara como un pájaro de rapiña y rebota en su mejilla con un sonido seco. No es allí, sin embargo, donde la bofetada duele más, sino en el corazón. Las raíces de las lágrimas que velan sus ojos se entierran en el centro de su pecho, profundas como una puñalada. Ella se aferra al silencio con obstinación. Intenta desviar su mirada hacia el

Norma fuese más expresiva, que no sólo mostrara sus sentimientos a través de la poesía. Si saliera más, se dice, si hubiera algún muchacho.

Hubo uno, recuerda la madre. Bernardo Musich. Norma le habló de él. Una vez fueron al cine. No tenía nada de raro que lo hubiera hecho. Después de todo son primos. Pero eso enfureció a Enrique cuando se enteró. Con un primo no. Y menos con ese Bernardo, que una vez hasta se escapó de la casa. Clara abraza a Norma hasta que su hija se calma. Luego la acompaña a su cuarto y por fin marcha ella al suyo. Enrique ya está acostado, de cara a la pared. Clara nota la respiración de él y sabe que está despierto. Lo conoce. Sabe también que está sufriendo. Para él, como para ella, esa hija es todo. Ya ha habido mucho sufrimiento en la familia. Europa, la guerra, las persecuciones. No es fácil ser judío en esta época, en este mundo. No se está tranquilo en ningún lugar, en ningún momento. El



ha cumplido 42 años y a menudo despierta en las noches con la sensación de que navega en un mar sin orillas. Alguna vez creyó que en este país podría sentirse a gusto para siempre. Pero hace poco, el 29 de marzo, los militares derrocaron a Frondizi y otra vez no se sabe qué ocurrirá. Le gustaba Frondizi, con esa cara angulosa, esos anteojos y esa nariz aguilena. Parecía judío. Pero ya no está. Y su hija. ¿Cómo criar una hija en este mundo que cada vez tiene menos valores? El no la entiende. No entiende a los jóvenes, locos por ese patillado. Elvis, que mueve las caderas como un degenerado. Esta tarde ha leído en el diario sobre ese norteamericano. Timothy Leary, que difunde el uso de una droga moral, LSD o algo así. ¿Cómo garantizar la salud moral de una chica judía en un mundo que se cae a pedazos? ¿Quedará algún lugar a dónde ir?

Clara se acuesta en silencio y abraza a Enrique con un brazo leve. Le gusta el olor familiar de ese hombre. Le hace sentir segura su presencia, aunque

sea un hombre de pocas palabras, a veces rudas. Ella sólo tiene una hermana mayor, Sofía, la de Lomas de Zamora. Y él tenía un hermano que murió. No hay más. Son pocos. Es bueno tenerlo a él. Y a Norma. Norma Miria. Le cuesta creer que han pasado dieciséis años desde el momento en que la llevaba en el vientre. Todavía la siente como su propia carne. Mientras cierra los ojos y se adormece, se dice que difícilmente haya madre e hija tan unidas como ellas.

En su cuarto Norma no puede serenarse. Llorar con un llanto que parece un zumbido. Enciende el velador, busca un cuaderno en el cajón de la mesa de noche y con un lápiz que guarda dentro del cuaderno, escribe un poema largo, triste, unido de melancolía, como son siempre sus poemas. Eso la calma. Por fin guarda el cuaderno. Se acuesta, se tapa. La inquietud no desaparece de su cuerpo. Se acurruca. Un hormigueo leve e insistente se extiende por su vientre y sus muslos. Lleva las manos a

esa zona, se acaricia con cuidado, con miedo. Su corazón palpita acelerado. Le gusta lo que siente. Le gusta y le provoca pánico. No entiende. Tiene ganas de llorar otra vez. Y de gritar. Gime.

Ahora, hay silencio en el departamento "D" de esa casa de la calle Juan Bautista Alberdi 3252, en el barrio de Flores. La noche fría de otoño reanuda su marcha hacia la madrugada. Corre mayo de 1962.

ESCENARIOS

La calle principal corta el pueblo con un tajo profundo, o como una cicatriz. Es polvorienta, de casas bajas y viejas, locales antiguos que albergan el comercio de la zona y alguno que otro árbol. No hay mucho más. No hace falta. Después de todo Florencio Varela no es un lugar para quedarse. Lo



cruzan los que van hacia Mar del Plata, y éstos no lo ven porque llevan en sus ojos, en sus ansias y en sus mentes el rumbo fijo de las arenas, las olas y el casino. O lo usan los porteños que tienen quintas en la región, y éstos vienen, hacen lo suyo y se van. Lo que queda es un pueblo chico. O una aldea grande.

Es una zona de casas de fin de semana recostada a los pies de la Capital Federal. Pero desde la ciudad no se la ve como un espacio verde y saludable. Dicen que en esas quintas pasan cosas. Hay quienes la llaman simplemente "El prostíbulo del Sur". La rodea el campo abierto. En el centro comercial hay almacenes, mueblerías, ferreterías, alguna cochetería. Lo de siempre. Los habitantes son dueños en un caso y clientes en otro. El pueblo es chico y hay que

multiplicar los roles. En la esquina de Juan Vázquez y España, en un antiguo local de las primeras décadas del siglo, hay una zapatería que se llama "La Favorita". A pocos metros, una boutique.

LA CHICA

Pasan los días, avanza el otoño y ella se siente siempre mal. Disconforme. No hay felicidad, no existe esa cosa, aunque las canciones hablen de ella. Odia el espejo que hay en su cuarto. Le devuelve la imagen de una chica gordita. Le duele, pero prefiere decirlo con todas las letras. Quisiera que sus muslos fueran delgados y largos, como los que ve en las modelos de las revistas. No rechon-

chos como los suyos. Lo mismo ocurre con sus brazos. Y el cuello. A veces siente que sus pechos crecen demasiado. Y otras que son demasiado pequeños. ¿Qué pensarán de su cuerpo los muchachos? ¿Habrán alguno que lo mira? Le gusta imaginar que sí y que la acarician, se acracia todas las noches, cuando queda a solas, y se imagina que sus manos son manos de varón. Pero cuando abre nuevamente los ojos no ve a Norma deseada por un muchacho. Ve a "Pipi", la gordita. Odia que la llamen "Pipi". La pone de mal humor. Se enoja.

El mal humor se ha hecho habitual en su vida. Se enoja o se enojan con ella. Como su padre. O como Beatriz Doi, su compañera, que acaba de ponerse furiosa porque ella le preguntó si se masturbaba.

También la tía Sofía se mostró molesta por lo mismo. ¿Qué tiene la masturbación? ¿Por qué no se puede hablar de eso?

Hay algo que Norma ignora. Beatriz dice que está preocupada porque se ha enterado de que "Pipi usa aparatos". ¿Qué le dolerá la cabeza que eso lo dice precisamente Beatriz, que ha salido varias veces junto con ella y con Silvia Noemí Ciano. Han ido al cine, a tomar algo, han fumado algún cigarrillo en secreto o se han hecho la rabona. Beatriz no sólo dice eso. Ha contado que Norma y Silvia son más que amigas. Y cualquiera sabe lo que eso significa. Acaso ella no. Por eso no reprime—ni en público ni en privado—su cariño por Silvia. "Son lesbianas", murmuran algunas compañeras. Isabel—Isabel Pulcalas—dice algo más. Dice que le ha escuchado confiar a Norma: "Yo me arreglo sola, no necesito hombres".

Ahora está frente al maldito espejo al que odia, preparándose para ir a su clase de inglés. Esta mañana no fue al colegio, sus padres le dieron permiso. No soporta el colegio, sólo le gusta ir para encontrarse con Silvia, aunque también podrían verse afuera. Silvia es dulce, es tierna, siente confianza cuando se abrazan, cuando están cerca. Estar con ella la tranquiliza. Y en los últimos tiempos pocas situaciones la tranquilizan. Se siente asfixiada por la severidad de su padre, por la insostenible exigencia del Liceo N° 12, por su propio cuerpo sin gracia.

Hay es martes 29 de mayo. Lluve. Hay paro general. La CGT es peronista, el peronismo está prohibido. La CGT se opone al gobierno provisional de José María Guido y a su ministro de Economía, Álvaro Alsogaray. De ambos ella sabe poco: que Guido es un hombre pequeño, de anteojos, con aspecto de empleado bancario o de ratón de biblioteca; de Alsogaray que es un ingeniero con orejas como las de Dumbo, con muchachos y con una frase que acaba de hacerle famoso: "Hay que pasar el invierno". Hay ser difícil viajar y su única compañera de inglés ya le anunció que no irá a lo de la señora Perla Slassauer de Prilleltensky, la profesora particular que comparten. Pero ella sí. Esas clases de idioma la entusiasman. Y, además, cualquier oportunidad para salir de su casa, de su aula, es buena.

EL HOMBRE

En el pueblo le dicen "El patrullero". Cuando ven avanzar lentamente su Kaiser Carabela verde, enorme, pesado y feo como un hipopótamo, todos saben que don Pedro Vecchio está en celo. Es un hombre de 47 años, robusto, pero no grande, que envuelve siempre su cuello en un poncho. Se crió en una quinta cercana a Quilmes, con siete hermanos y cuatro hermanas. Él, a su vez, tiene ahora dos hijas, de 23 y 22 años, y un hijo de 8. Hace algo más de diez años abrió en este pueblo una zapatería que se llama "La Favorita". Dice que lo hizo "para que sus hijos puedan estudiar". Es candidato a concejal por la Unión Vecinal, un nombre bajo el que se disfrazó el peronismo. Se lo conoce como uno de los más activos sostenedores de la Cooperadora Policial. Dice que es viudo, pero no se lo dice a cualquiera. Se trata de una mentira traviesa que pone en práctica en sus épocas de celo. Entonces sale al Kaiser y parte en busca de su alimento. Le gustan las adolescentes, no lo oculta, lo excitan, se desvive por ellas. No es tan viejo, después de todo, y sus manos anhelan las pieles tersas, las carnes tensas, los olores frescos, el aroma húmedo y salvaje de un sexo que aún es primicia.

Cada mediodía llega con su auto hasta la puerta del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús. Cuando las alumnas salen, él es puro instinto desbocado.

Las sigue, les hace promesas, les quiere regalar cosas. Si alguna accede, fija con ella una cita, habitualmente en horas de la siesta y en la zapatería. Allí, en la trastienda, tiene un catre. Entonces ocurren escenas como la que ahora cosquillea en su memoria, ésa que empezó cuando Lucía Esther Bogado, una morena de 18 años, salió de la comisaría de Bernal luego de haber estado detenida por hurto, junto con Mabel Varela y una hermana de ésta. Mabel conocía a Vecchio y le presentó a Lucía. A Lucía le quedaban pendientes algunos problemas judiciales en La Plata, que el hombre dijo poder solucionar. La primera noche ella no quiso acceder a los pedidos del hombre. Pero Vecchio sabe esperar. Algunas madres lo saben. Son las que, con hijas de 14 o 15 años, recibieron dinero del zapatero concejal para que le reserven a sus niñas hasta que las chicas cumplan 17 o 18 años.

Y esta vez no esperó demasiado. Lucía fue al día siguiente a la zapatería y pasaron a la pieza del fondo. Él dijo lo de siempre, que era un hombre maduro, experimentado y que no habría problemas, como cuando el varón es "un cabecita". La situación lo excitaba. Y además el calor. La siesta era densa y la chica era dócil. Había jadeos, algún grito sofocado, sudor, el roce áspero de las pieles. Varias veces ella quedó boca abajo y él la apretó con su cuerpo. Le gustaba dominarlas y penetrarlas por detrás. Lucía aceptó todo, menos eso. A cambio, tomó el sexo de él en su boca y el hombre sintió que el Paraíso existía. Comprobarlo le costó los 500 pesos que regaló a Lucía. Y volvió a encontrarse con ella varias veces más. Duró hasta que ella se enteró de que no era la única. Claro que no lo era. ¿Cómo desperdiciar tantas potranquitas, tantas teititas nacientes, tantos culitos tiernos? A veces le desesperaba el desperdicio y cuando alguna le decía que no y huía, él le tiraba el coche encima. Si lo denunciaban no había problemas. ¿Acaso iban a detener al hombre que sostenía la Cooperadora Policial? [Al amigo de Juan Carlos Fonrouge, el caudillo conservador, el hombre fuerte de Florencio Varela? ¿Quién iba a hacerlo?]

LA MUJER

Es una mujer atractiva, que acaba de cumplir 32 años. En los pueblos chicos las mujeres atractivas son objeto de desdén, de leyendas, de misterio. Laura Mussio de Villano lo es. Tiene una boutique cerca de la zapatería "La Favorita". Los vecinos la recuerdan como una chica arisca, que vivía encañada en los mundos que proponían las novelas que devoraba. Tiene dos hijos, José Avelino, de 10 años, y Laura Raquel, de 8. Pero, aunque le duele, no los ha perdido ella. Son de su hermano, que ha quedado viudo y con cinco chicos. Ella habría querido hijos propios, como los tuvo su cuñada, que murió a los 28 años, en febrero de 1962, cuando intentaba abortar. Pero el suyo no es un matrimonio feliz. En Varela habla con poca gente. En verdad la que mejor conoce sus desventuras es una ama de casa británica con la que se cartea en inglés, para envidia de sus vecinos.

Laura vive en una casa en el barrio de Montever-

de. Pero en el centro es una reina. Por su boutique desfilan las muchachas de la zona. Ella hace más que venderles ropa. Habla, se convierte en su confesora. Las mujeres son así; capaces de sacarse las entrañas sin piedad y de mostrarse las hilachas del corazón herido. Son así, simplemente.

También las mueve el rencor. Ella es mujer y lo sabe. Quizá por eso Josefina Dalmaire Bermúdez dice lo que dice. Cuenta que conoció a Laura en febrero de 1959, en la boutique. Josefina tenía entonces 14 años y quería comprar su primer juego de bombacha y corpiño de verdadera mujer. Laura no tenía eso en el negocio, pero sí en su casa y la invitó a que pasara por allí. Había más que eso en la casa, dice Josefina. Se veía todo tipo de artículos importados. La chica estaba deslumbrada por el despliegue. Lulú se mostraba especialmente amable. La invitó a pasar al dormitorio. Era un cuarto con las paredes tapizadas

multiplicaban hasta el infinito. Josefina dice que no sabe cómo ocurrió, pero en un momento sintió que Laura intentaba controlarla. Llevaba algo en la mano. Una jeringa. ¿Qué era aquello, qué estaba ocurriendo? Mientras forcejaban supo la respuesta.

—Basta, Laura, no le metas cocaína a la piba—dijo la voz de un hombre. Ambas se paralizaron. Era un tal Galíndez, el amante de Lulú.

Eso la salvó, dice Josefina. Después Laura le pidió que fuera su amiga. Y la metió en "la organización". ¿O no saben que la boutique es una fachada?, se asombra Josefina cuando la interrogan. ¿Ignoran que a través de charlas, regalos, ventas al fiado y otras maniobras Lulú recluta muchachitas para las orgías? ¿Quién, en Varela, no conoce que Laura Mussio de Villano y Pedro Vecchio son socios en el negocio de la droga y la pornografía? Ella misma, acepta, entró en eso a los 15 años, cuando mandó una foto en bikini para participar en un concurso que, según decían, buscaba chicas para un teleactor. Pero fue por inexperiencia que lo hizo y no por otra cosa, se resigna.

Lulú sabe que, cuando da toda esa información, Josefina se está cobrando una cuenta. Sabe que la venganza tiene ropas de mujer. Recuerda que Josefina y su marido, Miguel Morales, atienden la casa de fotografía de Juan Manuel Fernández. Y Fernández tiene algo que cobrarles a ella y a Vecchio.

LA CHICA

Hay algo que emana de la chica. Una vibración eléctrica, aguda, que contagia. Perla Prilleltensky la percibe y se siente ella misma inquieta. No es sólo hoy que esto ocurre. Pasa lo mismo a lo largo de cada una de las últimas clases de inglés. Pero hoy la chica está sola—Álida Robles, la otra alumna, no ha venido por el paro—y es incontrolable. El mal humor y la crispación de Norma se instalan entre ellas como una piedra que les impide comunicarse. La clase termina a las 19.30. Minutos después ambas se despiden en la puerta—la dirección es Boyacá 420—y Norma camina hacia la parada del colectivo 113. Casi siempre regresa a su

historias, la ven pasar. En la estación de Flores conoció un día a una chica tímida, regordeta. Por algún motivo comenzaron a charlar. Los motivos sobran cuando dos nudrífagos se encuentran. Acaso cada una le traía a la otra resonancias de lo desconocido. Nadie sabe más, sólo ellas. De esa amistad son otros los que hablan y los que hablarán, no Mabel. Ella sigue su vida, pasa por manos que ni recuerda ni registra, le penetran penes, pero nunca la piedad. A cada tanto la detienen y siempre recupera la libertad. Gira la calestra. Pero también avanza el tiempo. Durante varios meses Mabel muestra una agitación creciente. La madre cuenta que cuando la viene a visitar anda desesperada por la casa y que amenaza con suicidarse. Sólo a una madre puede una hija confesarse lo inconfesable. Mabel lo hace. Ha visto un crimen, dice. Y ya no puede cargar con su conciencia.

LA CHICA

Todo lo que un perro necesita para ser feliz es espacio, aire, un amo que le siga los pasos a la distancia y ese olor de los pastos y los árboles que lo hace sentirse parte indivisible de la Naturaleza. En esta fría y brumosa mañana del 15 de julio de 1962, el perro de Julio Noel Barracó tiene todo eso. Es un perro feliz. La tierra está mojada y eso acentúa la intensidad de los aromas. Su hocico lo lleva directamente hasta la fuente del olor más penetrante. Allí se detiene, ladra y mueve la cola. No lo sabe, pero acaba de convertirse en el perro más importante de Lavallol. Los ojos de Barracó están desorbitados. Tarda en reaccionar. Le lleva varios, eternos minutos correr en busca de un teléfono y llamar a la policía. El cadáver de la mujer lleva una enagua celeste, un corpiño blanco ordinario, un trozo de suéter de color beige y dos pañuelos: uno, de gasa, le ciñe el cuello; el otro la amordaza.

Es domingo. Los diarios traen la foto de una mujer hermosa, que se llama Norma, es joven y acaba de ganar, la noche anterior en Miami, el concurso de Miss Universo. La mujer más bella del mundo es argentina y se llama Norma Beatriz Nolan. El doctor Carlos Garay, médico forense de la comisaría de Lavallol no tiene tiempo de enterarse de eso. Trabaja todo el día con ese otro cuerpo de mujer. Garay descubre que la cuchillada debajo del pecho izquierdo es la que la mató. Pero no es la única herida. Hay signos de estrangulamiento con alambre y el cráneo ha sido hundido a golpes. Ya no tiene ojos: se han podrido. Lo que queda del cadáver es un banquete para la fauna cadavérica que lo habita.

La noticia acarrea sospechas y polémicas. Algunos médicos del equipo legal se niegan a firmar la autopsia. Los policías de raza se quedan con las ganas de investigar. Según la investigación forense, la mujer tenía 30 años y medía 1.65. Su muerte se había producido entre el 5 y el 6 de julio.

Disconforme con los primeros resultados, alguien convoca a Enrique Penjerek y Clara Beiman. Durante los cuarenta y cinco días transcurridos desde la desaparición de su hija, su línea telefónica —el 612-6834— ha sido lo único que los mantenía atados a una esperanza. Ni siquiera la noticia de que el 31 de mayo el criminal nazi Adolf Eichmann fue ahorcado en Israel les alivió la pena. La muerte de Norma es más suya que todas las otras y que todos los castigos.

Ahora, parados ante el cadáver, no pueden decir que esa es su hija. ¿Cómo reconocer a alguien, a pesar del amor y del dolor, en aquel despojo de huesos y tejidos descompuestos? El 20 de agosto el perito político Enrique Ducchi abre los trámites: dictamina que las impresiones del dedo anular izquierdo se corresponden con las de Norma. Y el

dentista Marcelo Maneffa, que atendía a la chica, confirma que la dentadura del cadáver y la de su ficha son idénticas.

Peró Norma no descansa. Pasan cinco días y el doctor Antonio Lara hace una nueva autopsia. De algún lugar se le siguen extrayendo respuestas a los residuos corruptos. Las nuevas dicen que la muerte se produjo entre 15 y 60 días antes del 25 de agosto. La mataron entre el 24 de junio y el 15 de julio.

Enrique Penjerek y Clara Beiman eligen la flauta 3 de la manzana 45 en el cementerio judío de La Tablada, para enterrarla a sí mismos. Allí depositan el cadáver que les entregan. La lápida lleva una foto de la chica de cachetes carnosos y ojos tristes. Una inscripción en hebreo y una fecha: 25 de agosto de 1962. Para ellos Norma murió el día en que le hicieron la segunda autopsia, cuando ya no tuvieron más dudas.

EL FOTOGRAFO

Juan Manuel Fernández tiene algo que cobrarse de Pedro Vecchio y de Laura Mussio de Villano. Hace tiempo que les sigue los pasos y sabe que están en algo. Fernández tiene su negocio —"La nueva foto", se llama— en la

misma cuadra que la boutique y la zapatería. Malkida la hora en que los tiene de vecinos. Porque ellos —Vecchio y la Lulú— metieron el hocico aquella tarde de septiembre en que él corría detrás de Angela y estaba a punto de alcanzarla. Los dos —él y Angela— estaban casi en pelotas, sí, y Angela es su hija de 26 años, sí. Pero es un asunto entre él y ella, un viejo asunto entre padre e hija, entre hombre y mujer, entre macho y hembra, en el que nadie tiene por qué meterse. Y menos esos dos traficantes de droga y de pornografía. ¿O acaso ellos pueden tirar la primera piedra?

Fue Vecchio el que lo paró cuando ya casi la alcanzaba. Y Vecchio el que le ofreció refugio a Angela en su casa; y Lulú la que la atendió y la cuidó mientras Vecchio se peleaba con él. Odia a Vecchio, no ha dejado de aumentar su odio ni por un segundo desde ese día. Y a la Villano, también. Gracias a esos dos alcahuetes tuvo que pasar dos meses en un psiquiátrico. Y Vecchio dice que él le ofreció cinco mil pesos para que convenga a Angela de regresar.

Tiene una cuenta para saldar, sí. Y su esposa, Norma Hortensia Lapadura, que es nueve años menor que su hija, lo va a ayudar. Por empezar, hay algo de lo que no le caben dudas: Angela y su marido han sido dominados y adocenados por la organización de Vecchio. Pero él los hará escarmentar.

LA PROSTITUTA

No aguanta más. No soporta que la Policía se ensañe con ella, que la detengan a cada momento. Durante casi un año sufre en silencio y en ese lapso ha estado tres veces en comisarías y en el San Miguel. En el asilo. La noche en que vuelve a ser detenida en Constitución al bajar de un ómnibus, y la acusan de embriaguez, abre la boca y dice que ella

vio cómo mataban a Norma Mirta Penjerek. La llevan al Departamento de Policía. Quizá lo ignora, quizá lo sabe, pero lo que ha dicho no tiene retorno. Cuenta que hace un tiempo le presentaron al zapatero Pedro Vecchio y a un tipo llamado José Guajardo. Le dijeron que eran traficantes de drogas y le ofrecieron participar del negocio. Ella se negó, pero aquellos hombres no conocían la palabra "no" cuando hacían un ofrecimiento. Vecchio se lo hizo entender con un lenguaje claro, de pocas palabras. Los hombres, en general, no hablan mucho: el zapatero simplemente le mostró una pistola que llevaba en la cintura. Ella pidió unos días para pensarlo. Vecchio la llamó antes de eso al hotelucho —Sud América, en Santiago del Estero y San Juan— en el que Mabel vivía. Necesitaba su ayuda de mujer. Quería llevar a una mucosa a su quinta y descaba que Mabel lo acompañara. Habiendo otra mujer presente la piba no tendría miedo. La citó en la estación de Florencio Varela. Ella lo encontró sin problemas: era el hombre que esperaba en el auto verde, enorme, pesado y feo, que parecía un hipopótamo.

A dos cuadras del puente Ceballos, a la derecha de la ruta, estaba la quinta. Unas cuarenta cuadras la distanciaban del pueblo. Era blanca por fuera, re-

cuerda Mabel, rodeada por un cerco de ligustrina. Se entraba luego de atravesar un patio y en el comedor había un gran sillón de cuero, otros dos más pequeños, algunas sillas y, sobre la pared principal, un cuadro. Sólo recorda que la pintura representaba un paisaje campestre. Pero otro campo, más verde que el que rodea a Varela.

Ella y Vecchio no estaban solos, dice. Dos mujeres y un hombre aguardaban en la quinta. Ellas eran Laura Mussio de Villano y Angela Fernández. El, José Guajardo. El zapatero los dejó y prometió volver pronto. Cuando lo hizo eran las ocho y media de la noche y lo acompañaba una adolescente. Mabel re-

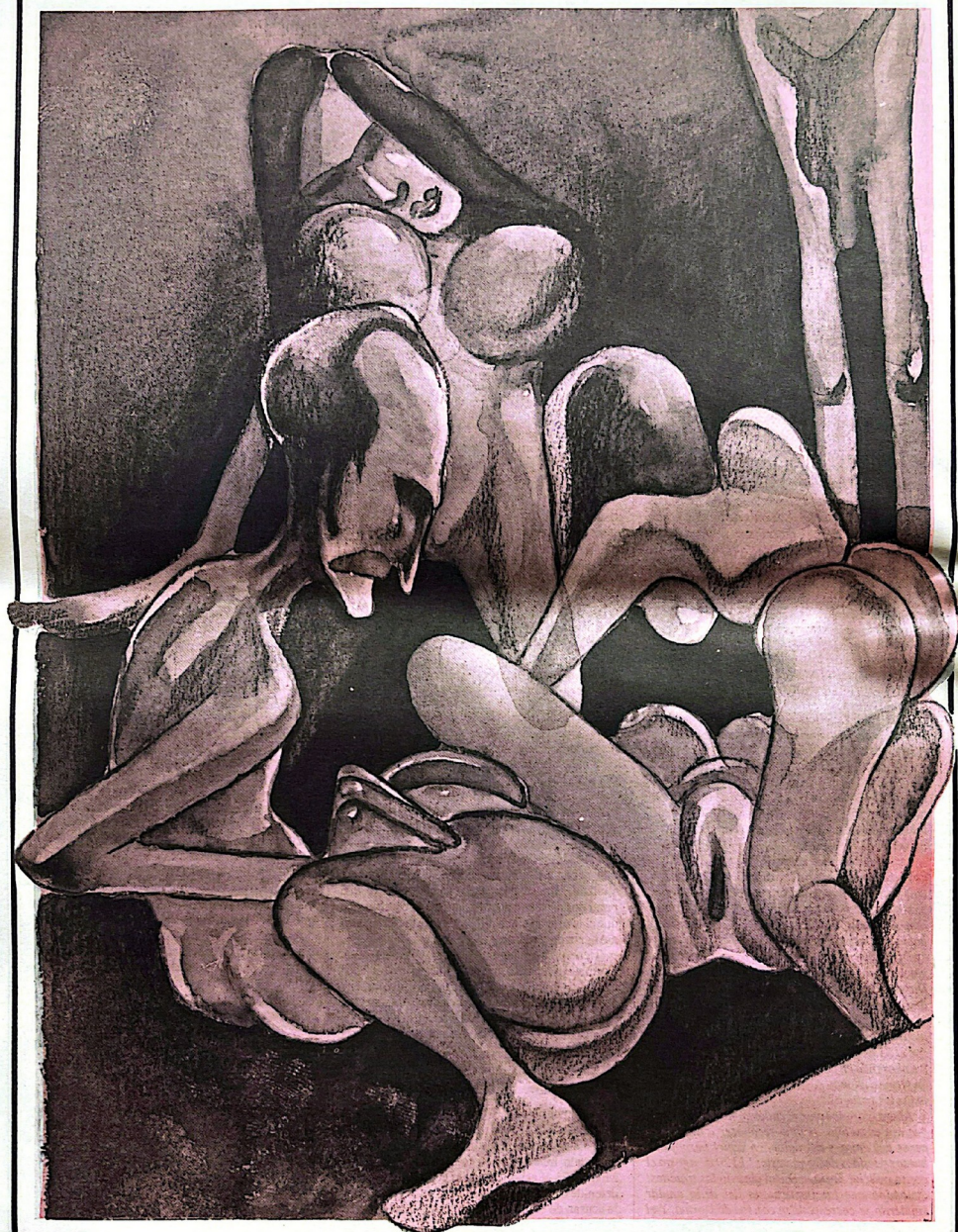
cuerda que el domingo anterior ha visto a esa misma chica con el comerciante. La piba usaba falda azul, suéter de batón blanco y saco azul. Vecchio la presentó, pero Mabel no recuerda ahora el nombre. Era "Chiquita", simplemente, o quizás "Peti".

Lo que sí recuerda es que la chica estaba asustada y que luchaba para no entrar en la habitación en la que Vecchio quería meterla. Lulú, Angela y Guajardo la esperaban adentro. Antes, Lulú le había aplicado una inyección en la nalga a Angela y la hija del fotógrafo parecía borracha o algo así. Una hora estuvieron todos en esa habitación mientras Mabel esperaba afuera. Lo que allí ocurría no era cosa de ella. Tampoco iba a asustarse a esta altura de su vida, después de todo lo vivido y lo probado. Cuando salieron, la chica —"Chiqui" o "Peti", es inútil que lo intente, nunca podrá recordar ese nombre— también parecía borracha. Y lloraba.

No sabe qué pasó en la semana que siguió, esos datos no están en su memoria, pero sí recuerda que el zapatero fue a buscarla nuevamente y le insistió para que volviera en esos días a la quinta. Se sentía atrapada, no podía negarse, tenía a ese hombre que dejaba fluir una violencia sorda de sus palabras y de sus movimientos. Volvió a la quinta y todo se repitió con los mismos personajes y en el mismo

Los dos —él y Angela—
estaban en pelotas, sí,
y Angela es su hija
de 26 años, sí.
Pero es un viejo asunto
entre padre e hija,
entre hombre y mujer.

CORRUPCION Y MUERTE



orden. Sólo que esta vez había un hombre más, al que ella no conocía, y además las cosas ocurrirán ante sus ojos.

Ella es una puta y no va a negarlo ahora. Su vida está jugada; si hay Dios, no está preocupado por los asuntos de Mabel Sisti. Eligió ser puta cuando se quedó sin su hijo y lo será mientras el cuerpo aguante. Sabe qué cosas pasan en una cama y sabe las porquerías que pueden salir de la cabeza de algunos. Pero no por eso lo que ha visto aquella noche deja de darle asco, incluso ahora, cuando lo recuerda. Los cuerpos de esas tres mujeres y los dos tipos se unieron y desunieron de todas las formas posibles, estaban como enloquecidos. El otro, el desconocido, sólo tomaba fotos.

Algo más hubo de nuevo en esa segunda sesión. Ahora el rostro de la chica —"Chiquita", o "Pei", no hay caso, no le viene a la mente— le resultaba conocido. Durante esa semana lo había visto publicado en los diarios. A pesar del miedo que le provocaban esos tipos, preguntó de qué se trataba. Vecchio le dijo que por pedido de él la piba estaba al cuidado de Laura, y que no pregunte más. En verdad, ya no iba a tener oportunidad de preguntar aunque quisiera. Al llegar a Constitución esa noche la detuvieron por prostitución callejera y la mandaron por dos semanas al asilo San Miguel. ¿Es necesario que le recuerde esto a los policías que se ensañan con ella una y otra vez?

Cuando salió del San Miguel la recibió la policía: la chica estaba muerta. Dos días más tarde se cruzó con Vecchio en Varela.

—Abra la boca y te va a pasar lo mismo que a la pendeja —le dijo el hombre, otra vez con pocas palabras.

Así vivió todos estos meses. Ahora acaba de abrir la boca. Ya lo hizo. ¿Qué va a pasarle?

LOS INTOCABLES

Jorge Silvio Colotto no es ingenuo. Desde el momento en que eligió ser policía supo que las canas del cine tienen una ventaja sobre los tipos de carne y hueso como él: aquéllos siempre ganan. Ahora está al frente de un grupo de hombres de la comisaría 12, de Flores, e investigan desde mediados de 1962 el caso de la chica Penjerek. Todo empezó con la puta, esa tal Mabel Sisti, que vino a bañar que sabía todo. El caso le cayó al juez Del Castillo y el juez dio vía libre. El comisario Colotto se puso en contacto con la policía provincial y juntos trataron de encontrarle la punta a la madeja.

Primero detienen a Mario Conte, fotógrafo de todo tipo de fiestas: cumpleaños, casamientos y orgías. Rápidamente se dan cuenta de que éste es el fulano que la Sisti no conocía en la quinta. Después siguen con Laura Mussio de Villano y por fin buscan a Pedro Vecchio, un zapatero de Florencio Varela. El negocio del tipo está en el centro del pueblo y, además, él maneja un Kaiser Carabela verde, enorme, pesado y feo como un hipopótamo. Pero no lo encuentran.

En la televisión hay una serie que la gente sigue con fanatismo. Trabaja ese tipo pintón, de mandibula cuadrada y mirada decidida: Robert Stack. Encarna a un policía del Chicago de los años de fuego, Elliot Ness. A él y a su gente le llamaban Los Intocables. Colotto y los suyos reciben el mismo nombre. El comisario sonrío entre satisfecho y resignado cuando lo escuchó. ¿Los Intocables? Colotto no es ingenuo. Sus hombres tampoco.

—Detrás de cada delito se juegan intereses que a veces son más fuertes que el resultado de la investigación —confesará años más tarde. Y sabe por qué lo dice. Lo sabe en carne propia.

LA CHICA

Un día su prima Fanny Breiman la invita a una fiesta de adolescentes y ella la acompaña pero ni se atreve a bajar del auto. Prefiere irse con sus tíos al cine. Su tía Sofía y su prima Neria, hija de Sofía, se quejan de que las visita poco a pesar de lo mucho que la quieren. Pero Lomas de Zamora, donde ellas viven, quedan lejos. Ella dice que teme al viaje y antes de partir llama por teléfono para que la esperen en la estación.

El último día en que su profesora de inglés la ve, esa atardecer frío y lluvioso de mayo, Norma dice que está agotada, que ha tenido una fatiga. Ha completado todos los trámites para inscribirse en la facultad de Odontología, pese a que su madre le recomendó que no lo hiciera, ya que su madre le recomendó que no las materias de la secundaria. Hay un psicólogo de apellido Vivonne. La profesora Prillelensky le ha hablado de él alguna vez y ahora Norma quiere los datos para consultarlo. Pero no con sus padres, no, por favor. Ya fue tres veces a ver una asistente social en Lomas de Zamora, dice. Sus padres la acompañaron y sólo hablaron ellos, no le dejaron abrir la boca. También estuvo su tía Sofía, otra charlatana. Acaso porque nunca la dejan hablar cuando quiere, habla cuando puede. Y así empieza a charlar con esa mujer, Mabel, en la estación de Flores, aunque después Mabel dirá que no la conoció antes. Y ella ya no podrá decir nada. Ni siquiera cómo pasó por Varela o, lo que es peor, cómo llegó, acaso muerta, a Lavallol.

EL ESTUDIANTE

Otra Norma ha muerto desde entonces. Se llamaba Norma Jeanne Baker y tenía 36 años. Era hermosa y la conocían como Marilyn Monroe. La versión oficial dice que se suicidó, pero hay quienes dudan. Eso fue en agosto de 1962, el 5. Ahora es 12 de julio de 1963 y en la comisaría de Florencio Varela hay una extraña reunión. Han sido detenidos Mabel Sisti, Pedro Vecchio, el fotógrafo italiano Mario Conte y Laura Mussio de Villano. Lulú fue la última en ser detenida y, desde el momento en que llegó a la comisaría, ha negado que conociera de antes a Mabel Sisti y, mucho menos, a Norma Mirta Penjerek. Vecchio no se preocupa por negar nada. Conte tampoco. Quizá porque es el fotógrafo oficial en los actos políticos del caudillo conservador Juan Carlos Fornerio y eso le da cierta tranquilidad. Lo cierto es que hay una investigación y todos ellos están implicados.

Al día siguiente la Policía los lleva a una fatigosa excursión. Se trata de encontrar la quinta que Mabel describió en su denuncia. Pero en pleno día ella no puede dar con el chalet. Fue llevada de noche, dice, y nada recuerda del trayecto. Los sabedores no se quedan sin un hueso. Encuentran ellos un chalet como el que la mujer mencionó. Se llama "Los Eucaliptos", como suele ocurrir con las casas de fin de semana, y pertenece a un muchacho de 22 años, estudiante de ingeniería, que se recibió de bachiller en el Colegio San Pablo y que ha estudiado antes en el Saint George's College, de Quilmes. Es también

el autor de un libro de cuentos: El Marinero. Ahora está en Arul; ahí cumple el servicio militar. Se llama Fabrizio Mucci.

Horas después, Vecchio, Conte y Lulú recuperan la libertad.

EL FOTOGRAFO

Meses antes de la muerte de Norma Penjerek, se ha presentado dos veces ante la Policía para denunciar que Pedro Vecchio rapto a su hija y que es, también, traficante de drogas. Tuvo que irse sin poder probarlo. Pero Juan Manuel Fernández no sólo es un fanático de la Escuela Científica Búscio; también lo es de su cruzada personal contra el zapatero. ¿Qué importa que a su esposa, esa muchacha de 17 años, la conozcan en el pueblo como "La Loquita", que tenga fama de fabuladora? Ella lo apoyó; eso importa. Ahora Vecchio está preso y quizá ha llegado el momento. Vuelve a la Policía junto con Norma Hortensia Lapadura (ésta es su Norma) y cuentan la historia. Vigilan a Vecchio desde hace tres años, le han tomado fotos, dicen, y lo han hecho seguir por un detective privado. Lo

hacen porque el siniestro zapatero ha dominado a su hija Angela, y a su yerno, y los ha hecho adictos. Conocerán a la P. njerck en 1960, gracias a los seguimientos. Ella ya se drogaba; el 5 de abril de 1962 les pidió refugio.

—Esa mujer —dice "La Loquita" y en sus ojos refulge el odio hacia Lulú— abusó de mi varias veces. Y no sólo de mí. Sí, sexualmente, eso digo. Me drogaba con inyecciones y yo caía en estado de inconciencia. Una vez desperté y en la habitación estaba ese degenerado, el zapatero. Por su mirada y por las sensaciones en mi cuerpo comprendí en el acto que me había violado.

Por lo que cuenta, su destino parece haber sido el de tantas adolescentes de Varela. Ha participado de las orgías, allí conoció a Laura Villano, a Vecchio, a José, el hermano de Pedro, a Alfredo y Ernesto Scrocchi, los de la cochería. Dice que Norma Mirta Penjerek era alquilada a distintos hombres y que su estado físico y mental era deplorable. Temía que la mataran, ella la escuchó confesarlo. La última vez que la vio, en la estación de Florencio Varela, la chica escapó llorando en la dirección del chalet de Mucci.

Su propio relato la estimula y sus descripciones son más bien fabulosas. A las orgías se las conocía como "Dolce Vita", informa, y había todo tipo de ritos. Personas envueltas en túnicas romanas, bebidas preparadas con alcohol y drogas, una mujer posada por dos hombres a un mismo tiempo —no penetrándolos por delante, sosteniéndola sobre él, en tanto otro horadaba sus nalgas desde atrás—; dos mujeres que se besaban desde la boca hasta el sexo; celebraciones de la diosa Kali que finalizaban con ejercicios de vampirismo. Se sorbía la sangre hasta provocar la muerte lenta, inexorable y ritual de una víctima. Describe los pasos del rito con una fruición que provoca el desconcierto de los investigadores y, por fin, confiesa que ella misma se ha hecho afilar los colmillos para participar de las ceremonias. Cuando ve sangre, admite, un



impulso desesperado la acomete. Sólo quiere beberla, beberla, beberla...

La investigación sigue a fojas cero.

LA CHICA

Alguien puede contar cómo la muero.

Es un hombre joven, rubio, de modales suaves y carne algo flácida. Su voz está en una cinta grabada por los policías de la comisaría 12. Dieron con él en el cruce de la autopista Ricchieri con Escalada, luego de que una llamada anónima le anunciara que allí lo encontrarían y que sabe mucho sobre el caso. Se llama Fabrizio Mucci y es el dueño del chalet "Los Eucaliptus".

Su voz en la cinta dice que conoció a Norma Mirta en una confitería de Florencio Varela. Se la presentó Laura Mussio de Villano. A ella y a Mabel Sisti. El estaba de licencia. Después de tomar algo pasaron todos por el negocio de Vecchio. Las pibas no son gratis, le advirtieron. Sonrió. Alguna vez había escuchado decir que nunca, en ningún caso, las mujeres son gratis. Se fueron a "Los Eucaliptus". Allí él se acostó con la chica Penjerek. No pasó gran cosa. Ella era fría y estaba asustada, ausente. Ese día le pagó 300 pesos. Lo repitieron una semana más tarde. Lo único que mejoró fue que esta vez sólo pagó 150 pesos.

Hay un tercer encuentro y es el 18 de mayo de 1962 entre las cuatro y media y las seis de la tarde. Esta vez aguarda una sorpresa. Pedro Vecchio irrumpe en el momento en que él y Norma están desnudos. Fabrizio queda paralizado: ¿de dónde salió el zapatero la llave? Vecchio gobierna la situación. Toma un par de fotos de la casa desnuda, los insulta y, con un movimiento inesperadamente veloz, estrella su puño en la mandíbula de Fabrizio. El muchacho queda aturdido. Acaso sólo sea una pesadilla. Ojalá sólo sea una pesadilla, ruega. Mientras tanto escucha a Norma. Está indignada, le grita a Vecchio. Dice que está harta de hacerle siempre lo que ellos quieren. Le grita al zapatero lo que nunca pudo decirle a su padre. Amenaza con contar todo a la Policía. Y sella su sentencia de muerte. Vecchio le pega en la nuca con un caño que lleva en la mano. El golpe suena como la explosión de un globo. Norma empieza a perder sangre. Vecchio se apodera de ella, la arrastra por una escalera que lleva al sótano, sin dejar de golpearla. Al rato, del sótano sólo llega el silencio. Luego reaparece Vecchio.

—Vos quedate mosca, ¿entendés?—dice, con su respiración agitada—, tengo fotos que te pueden hacer bien odioso. Vestite y rajá.

Mucci obedece. No vuelve a su casa, se reintegra a su regimiento, en Azul, no sabe más del tema. Una semana más tarde tiene licencia y regresa. Se cruza con Vecchio. El zapatero le dice que está todo arreglado, que no se metía. Visita la vivienda y todo está en su lugar. No hay rastros de Norma ni del caño.

LAS CHICAS

Los cadáveres no hablan. Pero los cuerpos vivos sí.

Josefina Dalmira Bermúdez tiene algo más para decir ante la Policía. Ha estado varias veces con Norma en el chalet de Bosques. A la chica la mataron porque iba a denunciar todo. Ella misma, Josefina, amenazó con dejar la organización y Vecchio intentó arroparla con el auto. De nada valió denunciarlo. Estuvo cuatro meses internada. También habla, con nombre y apellido, de traficantes de la zona que reciben droga del zapatero. El juez Heguy toma nota de todo esto.

La sirvienta Clara Villarreal, de 16 años, dice que

su familia ha recibido varios préstamos de dinero de Vecchio, que el zapatero quiso someterla en la zapatería y que ella, asustada, le rogó que esperara a que cumpliera 17 años. Vecchio aceptó. Mientras tanto Juan Carlos Fonrouge, el caudillo, le gestiona a su madre una pensión a la vejez.

Dos atractivas pelirrojas, las hermanas Mabel y Raquel Varela, que tienen 18 y 22 años, visitan un domingo al juez Heguy en la casa de él. Las acompaña Mabel Marcone, de 20 años. Han estado en "la organización", saben de la trata de blancas, la pornografía y la droga. Quieren denunciarlo y desbaratarla.

Raquel Galdona tiene sólo 14 años, pero mucho para contar. Ha estado también en "la organización" y denuncia a María Consuelo González de Sajarevich. En la casa de esta mujer, dice, se hacían algunas de las orgías. Escasa queda en la calle Pasteur 28, de Florencio Varela, y María Consuelo sólo admite una cosa: que albergaba allí a jovencitas que le traía Laura Mussio de Villano, para que Vecchio las pasara a buscar con destino a las orgías. Al principio, en 1961, eso ocurría los miércoles, sábados y domingos. Luego, todos los días. Y agrega un dato: le han contado que Vecchio se acostaba también con hombres.

Ciriala Marcone (o Axidallia Mac Cornell) es enfermera en el hospital de Florencio Varela. Antes ha trabajado tres meses en "La Favorita". Abandonó el puesto para no ceder ante su padrón. Pero le consta, dice, que allí se traficaba droga.

Nora Nuris Oviedo de Cáceres es casada, tiene 21 años, es ama de casa. Su padre y Pedro Vecchio eran compañeros de militancia política. Así conoció ella al zapatero, un amigo de la casa. Después fue amigo de ella. Durante dos años se acostó con él porque creyó que, como el hombre diestro, era viudo. La última vez que lo vio fue antes de que él se entregara detenido.

EL IMPLACABLE

Su nariz fina, su delgado bigote, su pelo corto impecable, su sonrisa amplia, su porte flexible podrían hacerlo pasar por un galán de cine mudo. Acaso el matiz está en su mirada fría, filosa. Se llama Abel Román Muñoz, es oficial inspector y está a cargo de la subcomisaría de Longchamps. Sus amigos le llaman "El Implacable". Sus enemigos, también.

Desde que esa puta, Mabel Sisti, hizo la primera denuncia, no ha descansado. Si es necesario se va a meter en cada casa de la zona en busca de pendejas quinceañeras. Quiere encontrar a cada una de ellas que haya tenido algo que ver con la organización. Sabe que la partida es brava, pero él no ha nacido para morir de aburrimiento en esta subcomisaría de mierda. Cada vez que una pendeja declara algo, aparece esa vieja, la abogada, María Dolores Fonrouge de Sagüer, para denunciarlo por apremios ilegales y hacerlas desmentir. Pero él es "El Implacable", no arruga porque le tiren con dos apellidos, o con un hermano caudillo de la Unión Vecinal. El órgano más desarrollado de un policía es la nariz y a él su naso le dice que todos estos tapan algo. En Varela los conservas se aliaron con los peronistas para servirles de forro, y ahí está el zapatero elegido

concejal por el partido del otro.

Claro que huele lo podrido. Recibió la denuncia de que la Fonrouge de Sagüer, su hermano y otra hermana más, María del Carmen, fueron a un cumpleaños de la Villano, en donde también estaba la chica Penjerek. Y ahora es justamente la Villano quien dice que él la torturó para que hable. Bueno, pero no pudo demostrar nada, se enredó con su propia historia y ahora el juez le metió un proceso por falsa acusación.

Y todas las otras que ahora dicen que hablaban porque él las apretó (las Varela, la Galdona, la Enríquez, la González), todas se presentaron acompañadas por la Fonrouge y ante el mismo juez, ese doctor Medina. Le quieren hacer la cama, pero él no es bobulo. El mismo doctor Ernesto Sammartino, el abogado de los Penjerek, lo dijo bien claro. La doctora Fonrouge forma parte de un complot para alejar de las investigaciones a los hombres de bien y convertir a los acusados en acusadores, eso dijo.

La que sí tiene bolas es esa otra pendeja, María Teresa Rosales. Ella denunció que en su casa de Villa Susana se aparecieron dos puntos para apretarla en nombre de la doctora Fonrouge. Le pedían que lo acusara a él, a "El Implacable", de haberla torturado. Lo hacés o te metemos un tiro, le dijeron. Está bien, la pendeja se asustó y lo acusó, pero tuvo huecos para contar la posta después.

Le quieren hacer la cama, claro, porque él sabe que su nariz no le miente. Están todos cagados. Mucci también. Ahora dice que cantó porque él le puso electricidad en las bolas. También de eso Mucci, Sammartino dijo algo. Dijo que es un personaje de sexo indefinido pero de definida filiación nazifascista. A él le gustó eso de "sexo indefinido", lo otro le preocupa menos.

Dicen que él, "El Implacable", tiene algo personal contra Vecchio. No hay nada personal, sólo quiere impedir que se le lleve de arriba. El zapatero y toda la organización. Y los que caigan detrás. Porque su nariz le dice que hay más. Se habla de que personajes gordos de la Capital, de la política y de la alta sociedad, están metidos en las festicholas de Varela. Ahí está lo que dijo esa mina, Edith Elsa Joaquín, la que tiene una óptica en el pueblo. Es público y notorio —así lo dijo— que en la quinta San Carlos, de la familia portefa Gallí Mainnini, se hacen orgías con mujeres menores drogadas y engañadas. Y ese pendejo, Fernando Tomás Gallí Mainnini, ¿no es acaso el novio de la hija de Juan Carlos Fonrouge?

"El Implacable" confía en su nariz, y el olfato le dice que hay peligro para su propia supervivencia en este caso.

LA PROSTITUTA

Si Dios y la Virgen la ayudaran a salir de esto... Es que ha visto cosas que no puede sacar de su conciencia. Ni aun después de haber hecho su denuncia. Es que ha escuchado lo que cuenta el chico Fabrizio y ella sabe que... Es que... Quizá sí hiciera otra denuncia. Quizá esta vez...

Vuelve a la Policía. Tiene algo que decir.

LA CHICA

Hay otra muerte para Norma Miria Penjerek. Pocos días después del relato de Mucci, Mabel Sisti se presenta otra vez a la Policía. Quiere contar de veras cómo fue el asesinato. Ella estaba presente, dice.

Ocurrió en "Los Eucaliptus". Vecchio drogó a la chica como lo hacía siempre. Le había clavado una puñalada en el pecho y luego, para asegurarse, la había ahorcado con un alambre. El alambre tenía una argolla en un extremo. Además de ella y Vecchio estaban Mucci, la Villano y el fotógrafo Conte. El italiano estaba siempre y sacaba fotos y algunos dicen que se las mandaba a Fonrouge para que las envíe al exterior.

La cuestión, dice, es que así murió la piba. La había llevado Angela Fernández hasta el chalet. Y la Villano se encargó de vestir al cadáver con una bombacha celeste, una enagua y un corpiño blancos. Después lo envolvieron en una sábana y una frazada gris y lo abandonaron varios días en el sótano. Entonces vino una camioneta y se lo llevó. Ya oía mal.

EL ESTUDIANTE

Después de su relato, Fabrizio Mucci sigue hablando. Los jueces Garganta y Del Castillo le oyen decir que todo lo confesó como fruto del terror. Había sido subido a un auto y llevado a la zona sur, maniataado con su propio cinturón y con la cabeza tapada. En algún lugar que, supone, está en la Avenida General Paz, lo bajaron, lo dejaron en medias y calzoncillos, le pusieron estopa en la boca y electricidad en los testículos. Así durante una hora y media. Lo amenazaban, le preguntaban quién mató a la Penjerek. Inventó una historia para salvarse. Le dijeron que faltaba un acusado más. Por desesperación nombró a su amigo Carlos Raffo. Carlos también fue capturado y picaneado hasta que se supo que nada tenía que ver. A Mucci, dice él, le hicieron repetir y grabar su confesión, ahora más coherente. Luego lo tuvieron otro día y medio encerrado en un sótano y, por fin, lo llevaron a la comisaría 12.

Es su última declaración.

LA CHICA

Hay una tercera muerte para Norma Miria Penjerek.

La cuenta Laura Muscio de Villano, al confesar, el 22 de setiembre de 1963. Ella le debía 4.000 pesos a José Vecchio, el hermano de Pedro, y, a cambio de la deuda, Pedro pedía que Laura le entregara a Norma. Presionada, Lulú aceptó. La tarde del crimen, Pedro Vecchio pasó a buscarla en su coche. Arriba iban Mabel Sisti y Norma Miria Penjerek. Ella, dice, no conocía a ninguna de las dos hasta ese momento. La chica estaba mareada, le costaba pararse y al llegar a la quinta—donde ya estaban Conte y Mucci—no quería bajar. Entre Vecchio y Mabel la arrastraron. Una vez adentro el zapatero le dio a Lulú una jeringa para que drogara a Norma. Ella se negó. Entonces Vecchio y Mucci la llevaron hasta el dormitorio y el zapatero dijo que él iba a hacer. Laura dice que ella se quedó afuera y oyó gritos y golpes. Al rato salió Mucci y dijo que Vecchio le había clavado tres puñaladas a la chica. Laura hubo, deambuló obnubilada por el camino de Ceballos, tomó el colectivo 24 y a nadie le contó lo sucedido. Tres semanas después en el diario El Mundo un aviso pedía datos sobre la chica. Vecchio le pidió silencio. Por esos días Laura cerró su boutique. No era negocio.

EL HOMBRE

El, una figura pública de Florencio Varela, nunca podía ser ubicado a la hora de las declaraciones. Sabía cuidarse. Le habían aparecido enemigos por todas partes y así eran las reglas del juego. Después de todo no había elegido un juego chico. Pero no quería dárles el gusto a los dos canas, a Muñoz y a Colotto. Y además andaba Sammartino, el abogado, moviendo el avisero polifónico con este asunto. Hasta que el 23 de setiembre de 1963 se presenta

detenido por propia voluntad. Es concejal electo y no va a hablar si no está su abogado. No será mucho el tiempo que permanezca detenido. El juez Godofredo Lozano Boudón lo deja libre el 20 de diciembre. Pedro Vecchio vuelve a Florencio Varela como un héroe, lo reciben con honores. Fonrouge dice de él que es un hombre laborioso y honorable.

LA SOCIEDAD

Mientras Norma Miria Penjerek muere una vez y

otra vez, su caso deja una marca con la que van a crecer los que, como ella, vivían los años finales de la inocencia. Al general Osiris Villegas, un hombre rero, de bigotazos como de lobo marino, le toca ser el Ministro del Interior del caso. Recibe peyorativos y declaraciones públicas de entidades sociales, políticas, comunitarias. Se piden comisiones investigadoras parlamentarias. Lo sucede el ministro Arturo Mor Roig y recibe idénticas peticiones. Esta sociedad conoce la violencia, pero comprueba una vez más que una sola muerte individual es más comu-

vedora que las tragedias colectivas.

El 11 de noviembre de 1963 la Agrupación de Madres Argentinas toma la voz de Clara Breiman. Hace un acto en el Luna Park llamando "Contra la corrupción y por una mejor justicia". El presidente radical Arturo Illia ha asumido hace un mes. Llegan más de ochenta adhesiones, desde el Poder Ejecutivo hasta el Episcopado. Hablan, entre otras voces que truenan, Alfredo Palacios y Ernesto Sammartino. Sammartino dice ante un estadio lleno: "Venimos a hacer el enjuiciamiento a los traficantes de alcaloides, a los corruptores de menores y a los tratantes de blancas porque en algunos estrados hay jueces que amparan la delincuencia. Se nos profirió que iríamos a ocupar las celdas de los acusados, se nos dijo que todo quedaría en la nada, que los culpables no serían condenados porque eran muy poderosos y porque la corrupción venía de muy arriba...".

EL IMPLACABLE

Aunque huele la presa, se queda sin ella. Desde La Plata envían instructores que empiezan a investigar a él. Todos dicen que es una venganza de "la organización", pero eso no impide que se lo aparte de la investigación. Como motivo de orgullo le quedan sus dos medallas al mérito, ganadas en troteos, sus diplomas de honor, su felicitación por rechazar 500.000 pesos para dejar libre un delincuente. Con eso, algún tiempo después pasa a retiro y a la memoria.

LOS INTOCABLES

La decisión la toma Osiris Villegas. El comisario Colotto recibe la notificación sin sorpresas. No es ingenio. Lo trasladan a la comisaría 34, queda fuera del caso Penjerek. Se va con asignaturas pendientes. Nunca pudo echarle el guante a Pedro Vecchio para hacerlo declarar. El suponía que el zapatero se escondía en lo de un abogado platense llamado Víctor Roberts Alcorta. "Mate y venga", defensor de todo tipo de delincuentes. Alguien dice que Vecchio teme a la tortura.

—No es mi estilo—dice Colotto a un oído amigo—si torturas la gente te dice lo que hizo, pero también lo que no hizo.

Sabe que estaba a un paso de las respuestas. Que sólo le habría bastado carear a Vecchio con la Villano y con Conte. Sabe que estaba cerca. Por eso un día le disparan desde un auto al oficial Curatola cuando sale de la casa de él, confundiendo los. Las balas eran para él, lo sabe.

Cuando tiempo después vuelve a la comisaría 12, es tarde, Mabel Sisti, el hilo conductor de la investigación, se hizo humo cuando a él lo trasladaron. Seguramente la mujer tuvo miedo. Y ahora se le perdió el rastro. El sabe que lo han quitado elegantemente de la escena. Porque no es un policía de película. El es de los que pierden.

LA PROSTITUTA

Siempre creyó que lo peor le había ocurrido

cuando Lozano le robó a su hijo. Pero lo peor ocurrió aquella noche en "Los Eucaliptus". Desde entonces ha vivido con el terror. Cambió de abogados y de declaraciones. La han amenazado. Y, para colmo, el único policía en el que confiaba no está más en el caso. No lo soporta. Y se va. Sin rumbo fijo. Se va a que Dios se ocupe de ella. Y nunca más se sabrá.

EL FOTOGRAFO

Vecchio en libertad. Es lo último que su corazón podría resistir. Y no lo resiste. Juan Manuel Fernández muere al poco tiempo. Y nadie responderá lo que sólo él puede decir. Le pagó de veras a Mabel Sisti, como ella dijo alguna vez, para que inventara la historia del crimen y denunciara a Vecchio?

Acaso lo sepa Norma Lapadura, su viuda. Pero, ya se sabe, ella es apenas "La Loquita". Y, además, le ha pedido perdón a Vecchio.

LA CHICA

Nadie la ha matado.

El 6 de abril de 1965 todos los acusados son sobreselados. El 26 de agosto, luego de una apelación, se ratifica ese fallo definitivamente.

En su última presentación el doctor Sammartino se apoya en el consagrado médico forense Nerio Rojas para recordar que ni la fauna cadavérica ni la purificación de los ojos aparecen antes del mes de ocurrida una muerte. Ni Mabel Sisti podría haber estado en el San Miguel ni Fabrizio Mucci en Azul cuando ocurrió el asesinato. Y el cadáver de Lavallol no es otro que el de Norma. Pero es cosa juzgada.

Decenas de personas, pequeños y grandes, conocidos y desconocidos, viven o han muerto con lo que saben a cuevas.

Clara Breiman y Enrique Penjerek se fueron a Israel. Si viven o no, es lo de menos. Murieron finalmente en mayo de 1962.

Pedro Vecchio es un anciano afable que tiene una zapatería llamada "La Favorita", en Florencio Varela.

Laura Muscio de Villano se ha convertido en una sesentona que ya no habla de aquello y que ahuyenta a quienes le sugieren el tema, como si ella y aquella Lulú fueran dos personas distintas.

Varela es diferente en algunos aspectos y permanece igual en otros. Los innumerables personajes que estuvieron vinculados con el caso han ido y venido. Algunos cambiaron, otros murieron. Es posible que el tiempo se haya llevado el nombre y el rostro de aquella chica de la memoria de muchos. Pero ella, Norma Miria Penjerek, ha permanecido en el mismo lugar y en el mismo silencio durante casi 30 años.

"Venimos a hacer el enjuiciamiento a los traficantes de alcaloides, a los corruptores de menores y a los tratantes de blancas"

EL CASO PENJEREK

Kennedy, Eichmann y Pelé

SUCESOS CONTEMPORANEOS

C R O N O L O G I A	
1962	FEBRERO. Pedro Vecchio (48), comerciante zapatero de Florencia Varela, salva a Angela (28) de la violación de su padre, el fotógrafo Juan Manuel Fernández (58). Laura Mussio de Villano (35) acoge a la chica en su casa. 29 DE MAYO. La estudiante Norma Mirta Penjerek (16) desaparece a las 19.30, después de concurrir a su clase de inglés. 15 DE JULIO. Se halla un cadáver en Lavallol. La autopsia del día siguiente detalla que es una mujer de 25 a 30 años y 1,65 metros, muerta el 5 o 6 de julio debido a una puñalada en el plexo y con signos de ahorcamiento mediante un alambre. AGOSTO. Se determina que las impresiones digitales y los dientes del cadáver son los de Norma. 25 DE AGOSTO. La segunda autopsia establece la fecha del deceso entre 15 y 60 días antes de ese día.
1963	ABRIL. El fotógrafo acusa a Vecchio de raptar a su hija y traficar drogas. Vecchio acostumbraba seducir a quinceañeras. JULIO. La prostituta Mabel Sisti (23) revela que Vecchio, Villano, Guajardo, Angela Fernández y una persona más -se culpa a Mario Conte, otro fotógrafo- tienen que ver con el crimen, ocurrido en un chalet de Bosques. El juez Alberto Gargani la libera por falta de pruebas. La Policía detiene que el chalet del estudiante Fabrizio Mucci (22) es similar al indicado por Sisti. AGOSTO. Sisti declara que Vecchio mató a Norma con una puñalada en el pecho y ahorándola con un alambre. El crimen había sucedido en el chalet de Mucci, donde también habrían estado ella, el joven, Conte y Villano. Sisti asegura que Vecchio drogaba a Penjerek para usarla en un negocio de fotos pornográficas y la mantenía así en su quinta días enteros. Además dice que Villano reducía en su boutique a jóvenes con una gasosa "preparada" y las entregaba a la banda de Vecchio. SEPTIEMBRE. Mucci admite su presencia en el crimen y haberse acostado con Norma. Luego revela que había confesado bajo torturas. Los médicos no encuentran marcas. Josefina Bermúdez (18) señala que la banda de Vecchio la usaba como correo de droga y que, como a Norma, le inyectaban morfina. María Rosales (17) denuncia que la abogada de Villano, María Dolores Forreque de Saguier, mandó a Antonio Villano y dos hombres más para obligarla a acusar de apremios ilegales a gente de la comisaría de Adrogué. 15 DE SETIEMBRE. Las hermanas Mabel y Raquel Varela (18 y 22) confiesan su participación en la banda de Vecchio y acusan a Villano de entregadora. 22 DE SETIEMBRE. Villano admite su presencia y la de los otros acusados en el crimen. 23 DE SETIEMBRE. Villano asegura que el oficial de la policía bonaerense Abel Muñoz la torturó para que confesara. Los médicos apenas notan unas lastimaduras en la zona del cuello, provocadas por su esposo. Villano aclara que se había tratado de "apremios morales". 24 DE SETIEMBRE. Villano retoma su confesión. Vecchio apunta que rechazó 5.000 pesos que Fernández le ofreció para que convenciera a su hija de que volviera con él. María González de Sajarevich admite que alojaba en su casa a chicas que Vecchio usaba con fines sexuales, y que su hija María Isabel González (19) había sido amiga de Vecchio. Se dicta la prisión preventiva de Vecchio, Villano, Sisti, Conte y Mucci. 29 DE SETIEMBRE. Las hermanas Mabel y Raquel Varela acusan a Muñoz de apremios ilegales, robo de fotos y entrega de éstas a los medios, que después las publicaban como animadas por Penjerek y Sisti. Las crónicas revelan que las hermanas no habían sido detenidas por Muñoz cuando se produjo el supuesto robo. OCTUBRE. Estela Raquel Galdona (14) declara que había sido torturada junto a su madre por Muñoz, quien las había forzado a decir que la chica se había acostado con Vecchio. Muñoz pasa a ser investigado debido a nuevas denuncias de torturas. El abogado acusador, Ernesto Sammartino, presenta tres fotos cróticas donde supuestamente aparece Villano, pero se comprueba que no se trata de ella. La defensa de Vecchio indica que Fernández había pagado a Sisti, Bermúdez y otras mujeres para inculpar al conejal. El siso San Miguel informa que Sisti había estado detenida allí entre el 28 de junio y el 9 de julio de 1962. 14 DE OCTUBRE. Sisti indica que Fernández había comprado su acusación y que había reconocido a Mucci gracias a una foto que le habían mostrado en la seccional 12. 23 DE DICIEMBRE. El juez Godofredo Lozano Boudón libera a Vecchio. 26 DE DICIEMBRE. Sammartino presenta un informe en el que el doctor Nerio Rojas apunta que la muerte de Norma había ocurrido al menos dos meses antes de la segunda autopsia. En ese momento, Sisti estaba en libertad y Mucci, fuera del cuartel de Azul.
1965	26 DE AGOSTO. Se ratifica el sobreesimiento de los acusados.

El 29 de mayo de 1962, día en que desapareció Norma Mirta Penjerek, se celebraba el Día del Ejército. El país vivía una masiva huelga, decretada por la CGT.

En Israel se dictaba la condena a muerte de Adolf Eichmann, quien en 1960 había sido secuestrado en nuestro país por agentes israelíes.

La Selección Argentina comenzaba su pobre participación en el VII Campeonato Mundial de Fútbol realizado en Chile.

El astronauta Scott Carpenter dio tres vueltas a la Tierra y regresó indemne, en lo que fue el segundo vuelo orbital con tripulación realizado por los Estados Unidos. Era la época de la Alianza para el Progreso, iniciativa norteamericana que, según decían, "impulsaría el desarrollo de los países de América Latina".

El ingeniero Alvaro Alsogaray, ministro de Economía del entonces presidente José María Guido, se preparaba para pagar los sueldos de la administración pública, jubilaciones y pensiones, con los primeros bonos, conocidos como "9 de Julio".

El 24 de mayo renunció a su banca el senador socialista Alfredo Palacios por "desconocer la autoridad presidencial para impartir órdenes a los representantes del pueblo".

En las salas cinematográficas se estrenaba *Amor sin barreras*. Premiada con el Oscar por la Academia de Hollywood, era una especie de Romeo y Julieta ambientada en los barrios pobres neoyorquinos.

Once días antes de que Norma Penjerek desapareciera se estrenó *Viridiana*, de Luis Buñuel. La película ahondaba en las relaciones pasionales que tenía con su tío una jovenita que iba a tomar los hábitos religiosos.

El 15 de julio de 1962, cuando apareció el cadáver de la Penjerek, la CGT estaba preparando otra huelga general, esta vez de 48 horas.

Una serie de hechos hicieron suponer que el caso estaba relacionado con grupos de ultraderecha: el 28 de junio

la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA) repudió con un paro el atentado a la estudiante Graciela Sirota, a quien marcaron cruces esvásticas en el cuerpo con objetos punzantes. El 29, otro estudiante denunció haber sido agredido de la misma manera. El 9 de julio estallaron dos bombas en un local israelita en la provincia de Salta.

En setiembre de 1962, Penjerek era sección fija de los diarios. El día 13, titulaba *Clarín*: "Caso Penjerek: interrogaron ya a 150 personas".

El presidente Guido convocó a elecciones para el año siguiente y diez días después se produjo una profunda crisis militar que dividiría al Ejército en azules y colorados. De esa pugna emergería un triunfador: el general Juan Carlos Onganía.

El mundo se conmovió: la Unión Soviética amenazó con declarar la guerra "si Estados Unidos ataca Cuba". Horacio Accavallo defendió triunfalmente su título de campeón mundial mosca.

El escritor Haroldo Conti editaba su libro *Sudeste* y el "revolucionario" Astor Piazzola y su quinteto debutaban en televisión.

Clarín del 5 de setiembre de 1963 titulaba: "Caso Penjerek, en vías de su total esclarecimiento". Estaba detenida Laura Mussio de Villano y desde hacía 48 horas Pedro Vecchio tenía pedido de captura. Sobre el final de la nota, el diario se preguntaba: "¿Existe un clan de depravados en Florencia Varela?".

En Brasil, el Santos de Pelé venció a Boca por 3 a 2 en un memorable partido de ida por la Copa Libertadores de América.

Arturo Illia asumió la presidencia de la Nación el 12 de octubre.

El 26 de noviembre en Dallas caía asesinado John Fitzgerald Kennedy.

El 23 de diciembre, día en que 31.000 alemanes occidentales cruzaban el muro de Berlín para saludar a sus familiares del Este, Pedro Vecchio cruzó el muro de la cárcel para salir en libertad.



Autorización Pat. COMFER 1504

94.5 **MHZ** Montevideo 557
Córdoba (5000)
Tel. 240437

EN BAHIA BLANCA

F.M.
De La Calle
88.1 MHz

*Una radio como la gente,
con una programación
alternativa.*

TE: (091)-512108

¡LA SUERTE ESTA EN EL HALL
DE CONSTITUCIÓN!

AGENCIA
"EL GOL"

LOTO - QUINI 6 - PRODE

LOTERIA NACIONAL - LOTO 5

QUINIELA

**¡VENI! REVENTA LA RED,
Y LLEVATE TODA LA PLATA**

BRASIL 1124 / Hall Estación Constitución

El prostíbulo del Sur

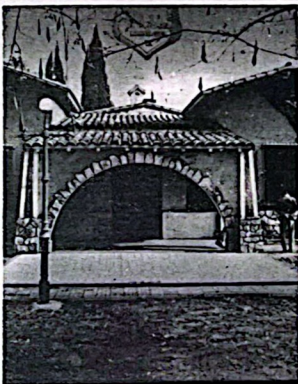
NORMA EN FLORENCIO VARELA



Norma en casa de Lulú. ¿Es una foto trucada?



Una de las chicas que participaban de las orgías.



"Los Eucaliptus", presunto escenario del crimen.

No todos los antiguos habitantes de Florencio Varela están dispuestos a hablar del caso Penjerek. A muchos les ha quedado la sensación de que hay algo sórdido y poco honorable en el asunto. Benita Soto, una candidata a concejal por el peronismo que vive allí hace más de 40 años, recuerda detalles interesantes de la vida en "la aldea" que era Varela. "Este lugar

tenía mala fama", dice, "lo conocían como *El Prostíbulo del Sur*". En la zona de las quintas se organizaban fiestas a las que, según se cuenta, venían personas influyentes de la Capital. A esas reuniones también eran invitados comerciantes y profesionales de la zona (entre otros, Vecchio, Laura Mussio, los Fonrouge, Scrocchi - amigo de los anteriores y dueño de una cochera) y algunas jovencitas.

"La desaparición de Norma Penjerek, por alguna razón, causó temor en la *crema* de Varela, entre las 20 familias que manejaban todo. No digo que Vecchio la haya matado. Realmente no lo creo. Pero es posible que alguien de por aquí haya estado implicado", reflexiona Benita.

La candidata a concejal conoció también de cerca a la familia Fonrouge y a las hermanas Varela. "Juan Carlos Fonrouge era un típico político conservador, aunque en 1973 se haya puesto la camiseta peronista y haya sido elegido intendente", explica. "La gente decía que los delincuentes entraban por una puerta de la comisaría y que él los sacaba por otra. Atendía sus asuntos en el boliche *Los Portugueses*, cerca de la zapatería de Vecchio, frente a la estación". Las Varela, vecinas y compaeras de trabajo de Benita Soto en la fábrica Alpargatas, eran "muy bonitas y casi todas ellas pelirrojas. Eran gente de Fonrouge: una vez un amigo de ellas quiso propasarse conmigo. Yo acudí a Fonrouge para que intercediera: bastó una advertencia suya para que el tipo no volviera a acercárseme. Estas hermanas y otras pibas iban a esas fiestas. Lo sé porque en el copetín al paso que yo tenía por entonces en el Cruce de Florencio Varela, sobre la calle Belgrano, hasta el propio Fonrouge soltaba la lengua".

"Me consta que Norma Penjerek venía a esta zona -asegura-. Ella se bajaba de un colectivo en el Cruce y tomaba otro hacia el centro de Florencio

Varela. Siempre llegaba poco después del mediodía, con uniforme y libros, como si viniera directamente del colegio". Según Benita, Norma tomaba una gaseosa y charlaba algo, aunque era "muy tímida, modostita, inocentona". Por la tarde, nunca después de las seis, subía a La Costera Criolla hacia La Tablada en la puerta del bar. "Nunca la vimos con ningún muchacho -aclara-. Decía que venía a visitar a su abuela".

"Una de mis parientes vivía justo al lado de la casa de Laura Mussio de Villano, en el barrio Monteverde. Cuando salió la foto de Norma Penjerek en el diario, la reconoció como 'la chica que iba siempre a lo de Laura'. Se acordaba de haberla visto sentada en la puerta, muy tranquila, charlando, como si estuviera de visita", detalla Benita. "Esa mujer se separó después de su marido, un odontólogo que, aparentemente, habría sido invitado a una fiesta por la Villano y que se aterrorizó, por alguna misteriosa razón, con la desaparición de Norma".

Florencio Varela parece haber escondido una extraña relación entre su clase media y los algo más pudientes propietarios de chalets, oriundos de la Capital.

En setiembre de 1963, un vecino del lugar daba una versión que tiene algunos puntos coincidentes con la que tres décadas más tarde recibe DyC. "Somos muchos pero nos conocemos todos, y lo que sería preciso hacer es demoler muchas residencias bacanas, de niños bien, de las llamadas familias tradicionales y pudientes -se enfurece-. Allí está la pudrición. ¿Sabén? Muchos creen y tal vez con razón que en definitiva Vecchio era un proveedor de carne de caballeros intocables de aquí y de otros que venían de afuera para sus orgías sexuales. Esto para nosotros es más fácil de admitir que su presunto asesinato de la chica judía".

MALAS COMPAÑIAS

La colectividad judía no efectuó ningún pronunciamiento público con respecto a la desaparición y muerte de Norma Penjerek. Naum Barbards, secretario de la presidencia de la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA), quien lleva ya 52 años en la entidad, recuerda haber estado presente en reuniones de la Comisión Directiva en las que se estudió el tema. Barbards asegura que "no se halló ningún elemento que permitiera deducir que se trataba de un hecho antisemita".

Sin embargo, en otro piso de la entidad, en las instalaciones de la biblioteca del Instituto Científico Judío (TWO), una placa de bronce recuerda a Norma. Fue colocada por iniciativa de su abuelo materno, Miguel Breiman. El anciano director del Instituto, Samuel Rollansky, cultivaba su amistad. "Era un hombre de una exquisita sensibilidad -apunta Rollansky-. Se había dedicado al comercio, pero merecía estar al frente de una biblioteca". Breiman fue secretario del TWO durante un corto período y se desempeñó como secretario de la Liga Argentino Israelita contra la Tuberculosis. En la sede de esta entidad, en el barrio de La Paternal, una sala lleva el nombre de Norma Mirta Penjerek.

Cuando Miguel Breiman falleció, en Avellaneda, sus libros fueron donados al TWO. Rollansky confirma que, luego del crimen, los padres de Norma emigraron a Israel. Con respecto al asesinato de la adolescente, se limita a reflexionar: "Los jóvenes a veces eligen mal sus compañías, son inmaduros, no escuchan consejos..."

"Quedó enganchada en una fiesta negra"

ENTREVISTA AL COMISARIO COLOTTO

Un grupo de policías de la comisaría 12 del barrio de Flores, comandado por el comisario Jorge Silvio Colotto, comenzó allá por 1962 a investigar el caso Penjerek. El juez Miguel del Castillo, que intervenía en la causa por el rapto de la menor, sostenía que el secuestro había ocurrido en esa jurisdicción. Colotto y su gente fueron apodados *Los Intocables* por la

por la prensa, y tal como Elliot Ness en el Chicago de los años '30, se enfrentaron, según el propio oficial, "con grandes intereses que se juegan detrás de los delitos y que a veces son más poderosos que los resultados de la investigación". En el caso Penjerek, "justo cuando el cerco se estaba cerrando sobre los culpables", recuerda el oficial, "se dispuso mi traslado a la comisaría 34 de Avellaneda".

"Se había presentado en aquel entonces en la 12 una prostituta de nombre Mabel Sisti, que vino a informar que conocía a los autores de la muerte de Norma Mirta Penjerek. El juez Del Castillo nos dio amplias facultades para la averiguación de este hecho penoso que ha quedado en agua de borrajas y por lo tanto empezamos a investigar en colaboración con la policía provincial". El oficial distingue entre la actitud de este magistrado y del juez Pedro Heguy, a cargo de la causa por corrupción, "quienes nos brindaron todo su apoyo" y la de "otros funcionarios que nos dificultaron un poco el trabajo".

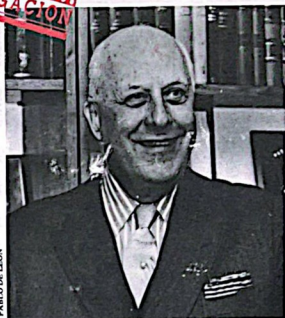
"El primer detenido gracias a las denuncias fue Mario Conte, un fotógrafo que se ocupaba de tomar placas de mujeres desnudas a las que luego se extorsionaba. Después se apresó a Laura Mussio de Villano, quien resultó ser entregadora", señala Colotto. "En su casa de Florencio Varela se secuestró una libreta con innumerables nombres de chicas que fueron citadas a declarar por la Policía".

Pronto se llegó hasta Pedro Vecchio, el dueño de la zapatería. "No me arriesgo a asegurar que haya sido el asesino de la joven, aun cuando en algún momento un comisario provincial me infor-

"Norma Penjerek conocía a la Sisti; esto fue confirmado por su padre. Se habían encontrado en la Estación de Flores y habían trabado amistad."



Reconstrucción de los hechos por la Policía.



PARQUE LILIAN

mó que tenía antecedentes por cuestiones con menores", dice Colotto. "Nuestro único objetivo era tomarle declaración testimonial, pero él siempre huyó, al menos de la Policía Federal. En la Provincial había un sector que lo protegía o lo ocultaba porque formaba parte de la cooperadora de la repartición en Florencio Varela. Teníamos referencias de que se encontraba refugiado en el estudio jurídico del doctor Víctor Roberts Alcorta en La Plata, conocido popularmente como *Maie y Venga*. Seguramente temía que se lo torturara, pero eso no era nuestro método. Torturando, uno cuenta lo que hizo, pero también lo que no hizo".

Después del traslado del oficial, la testigo Mabel Sisti desapareció, tal vez por temor. Transcurrido un tiempo, el general Osiris Villegas decidió que Colotto regresase a la 12, "pero ya era demasiado tarde". El comisario está convencido de que todo podía haberse aclarado con un cargo entre la denunciante, el fotógrafo Conte, Pedro Vecchio y la entregadora Laura de Villano. "El juez Del Castillo opinaba que la medida era adecuada una vez detenidas todas las personas comprometidas, para delimitar las responsabilidades de cada una. Pero con mi pase, se pierde el hilo principal de la investigación, que es Mabel Sisti".

"Norma Penjerek conocía a la prostituta y esto fue confirmado por su padre", revela Colotto. La hipótesis del comisario es que "se habían encontrado en la estación ferroviaria de Flores y habían trabado amistad. Fue así que la jovencita recibió una invitación para ir a una fiesta en una quinta de Florencio Varela. Allí le habrán sacado algunas fotos y queda, como se dice en el argot policial, *enganchada*".

La denunciante Sisti nunca quiso ir a señalar el lugar donde quedaba la quinta, porque "según explicaba- había sido llevada de noche. "Lo que ocurrió aquella velada, con drogas y alcohol, podría calificarse de fiesta negra. Conte había tomado una instantánea donde aparecían Norma Penjerek y otras chicas, pero esa placa nunca fue encontrada, aunque sí otras que no correspondían a esa descripción".

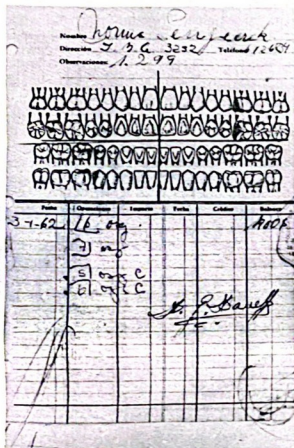
"Siempre en estos crímenes se juegan cosas sucias. Un oficial de apellido Curatola sufrió un atentado un día que vino a verme a casa y lo confundieron conmigo. Le hicieron una descarga desde un auto cuando salía. Afortunadamente, quedó vivo para contarlo", explica Colotto. El traslado impidió que se aclarara todo. "Casi con seguridad hubiésemos descubierto la verdad, si no nos hubiesen hecho desaparecer de escena de manera elegante".

Según el oficial, "los antecedentes de Norma Mirta Penjerek eran honorables. Nuestra presunción es que Mabel Sisti, que en ese momento tenía 23 años, no la llevó a Florencio Varela hasta después de ganar su confianza en varios encuentros. Es posible que la hayan extorsionado con una foto comprometedora".

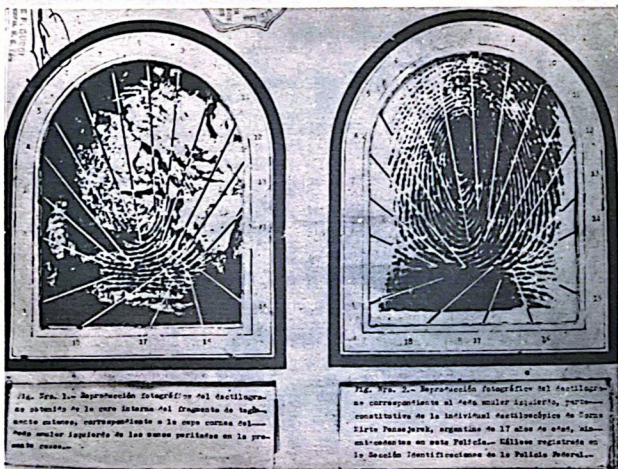
¿Viva o muerta?

LA IDENTIFICACION DEL CADAVER

El 15 de julio de 1962 un perro encontró un cadáver en el terreno del Instituto Fitotécnico "Santa Catalina" de Llavallol. Inmediatamente se dio aviso a la Policía. Se trataba de una mujer joven que llevaba puestos un trozo de pullover beige, una enagua celeste, un pañuelo de gasa ceñido al cuello y otro que la amordazaba. Tenía aferrado un corpiño roto.



Los peritajes dactiloscópico y odontológico no dejan lugar a dudas.



INVESTIGACIÓN

muy pronto que se trataba de la menor.

El 25 de agosto, la segunda autopsia dio la confirmación definitiva. A pesar de eso, hubo quienes sostuvieron que el cadáver no pertenecía a la adolescente y que ésta permanecía viva. Se basaban para eso en el resultado de la primera autopsia -que uno de los peritos participantes se negó a firmar por estar en desacuerdo- y en que los padres de Norma no habían podido reconocer el cuerpo por su deterioro.

Ernesto Sammartino, abogado de la familia de la muchacha, afirmó en un largo escrito que la equivocación en la primera autopsia en datos de fácil determinación, como la altura o la edad de la víctima, era intencional. El supuesto objetivo era desorientar la pesquisa y dar tiempo a los culpables para borrar pruebas e indicios.

Deschada entonces, la hipótesis de que el cadáver hallado no era el de la joven Penjerek fue retomada por algunos periodistas -Enrique Sdreh, entre ellos- interesados en alimentar las emociones de sus lectores cuando la página de policiales de los diarios venía un poco floja. La especie ha sido tan difundida -se va a llegar al extremo de escribir dos fascículos sobre el caso en los que se tratará de determinar dónde se encuentra Norma Penjerek-

La primera autopsia apuntó que se trataba de una mujer de 25 a 30 años y 1,65 metros de estatura. Ninguno de los datos coincidía con los de Norma Penjerek.

que el equipo periodístico de DyC se ocupó de reunir, una vez más, las pruebas irrefutables de que el cadáver pertenecía a la muchacha.

NINGUNA DUDA

Marcelo Germán Maneffa, el profesional que ofreció la ficha odontológica de la víctima y realizó su identificación, conserva su consultorio en la calle Pergamino del barrio de Floresta. "Norma hizo un corto tratamiento conmigo. Únicamente siete u ocho visitas en enero de 1962. Venía sola. No la conocí a nivel personal ni vi a sus padres hasta después de su muerte. Fue un hecho desagradado". El profesional afirma sin reservas "No tengo ninguna duda de que se trataba de su cuerpo". La ficha odontológica publicada en esta página confirma sus dichos.

Sobre una pared del Departamento de Necropsiología de la Policía de la Provincia de Buenos Aires cuelgan enmarcadas las huellas dactiloscópicas que se utilizaron para la determinación de la identidad de Norma Penjerek. La subinspectora Cosciani las conserva con orgullo. Se trató, en cierta forma, de su ópera prima. "Fue un hito en mi carrera -dice la experta-. Yo recién comenzaba, tenía pocos años más que esa pobre criatura. Fue un acto de amor devolverle su identidad. Recibimos sus manos, como es habitual en estos casos, conservadas en un frasco. Desprendimos la piel de las yemas en la medida que era posible por el estado del cuerpo y elaboramos preparados que fueron comparados con la ficha dactiloscópica de la adolescente". Como es obvio, tampoco la subinspectora deja lugar para hipótesis alternativas. El cadáver era, efectivamente, el de Norma Mirta Penjerek.

El Implacable y la doctora

DENUNCIAS DE APREMIOS ILEGALES

Un veterano periodista de policiales define el caso Penjerek como "la demostración de la incapacidad de la policía de este país para llevar adelante una investigación en serio". "Policía era la de antes, la de los años '40", dice nostálgico, "esos hombres sí que eran capaces de seguir una pista; después se cebaron y ahora con dos piñas y un poco de máquina creen que pueden resolver un caso".

En la investigación sobre el asesinato de Norma Penjerek, las numerosas denuncias de "apremios ilegales" se centraron en Abel Ramón Muñoz, conocido como *El Implacable*. Muñoz era oficial inspector de la policía bonaerense y estaba a cargo de la subcomisaría de Longchamps. Joven, delgado, con una ancha sonrisa, Muñoz se ocupó de armar, a partir de los dichos de Mabel Sisti, la estructura de la "banda" de Pedro Vecchio y Laura Mussio de Villano, interrogando a jovencitas de la zona.

Se le enfrentó una abogada, que con idéntica tenacidad se ocupó de descalificar cada una de las declaraciones que Muñoz obtenía de las adolescentes, convenciendo a las madres de denunciar apremios ilegales. Se trataba de María Dolores Fonrouge de Saqui, hermana de Juan Carlos Fonrouge, dirigente de la Unión Vecinal -partido por el cual Pedro Vecchio había resultado electo concejal- y futuro intendente de Florencio Varela. La letrada, el político y una tercera hermana, de nombre María del Carmen, habían concurrido, según denuncias, a un cumpleaños en la casa de Laura Mussio de Villano donde también había estado Norma Penjerek.

Ernesto Sammartino, abogado de la familia Penjerek -célebre por haber acuñado en su actividad política la frase "aluvión zoológico" para referirse al nacimiento del peronismo-, señaló a la doctora Fonrouge como miembro de un complot cuyo objetivo era alejar de las investigaciones a los "hombres de bien" y convertir en acusados a los acusados.

Fue Laura Villano la primera que aseguró que Muñoz le había arrancado su declaración mediante torturas. Hizo esta afirmación, acompañada por la doctora Fonrouge, ante los magistrados Raúl Medina y Alberto Garganta. Los médicos legistas sólo encontraron pequeñas escoriaciones,



Las hermanas Varela denunciaron torturas.

producidas intencionalmente con el borde de un frascito de esmalte por su marido, quien estaba convencido de que a Laura no le creerían la denuncia por apremios "morales". Laura Villano aclaró finalmente que la habían obligado a desnudarse en dos oportunidades, y que ella "no se desvestía ni siquiera delante de su esposo". Al día siguiente, sin embargo, la imputada se rectificó. Entonces, el

juez Garganta la procesó por falsas acusaciones de tortura y la abogada Fonrouge amenazó con retirarse del caso.

La doctora Fonrouge también acompañó a modificar sus dichos a las hermanas Mabel y Raquel Varela, de 22 y 18 años. Las jóvenes, que habían declarado ante el juez Pedro Heguy pertenecer a la organización de Vecchio, finalmente acusaron también a Muñoz de apremios ilegales y del robo de unas fotografías comprometedoras que luego fueron publicadas como si pertenecieran a Norma Penjerek y Mabel Sisti. El domicilio de las Varela, en la calle López Evaristo, fue baleado en la noche del 30 de setiembre de 1963. Las hermanas habían hecho la denuncia en la comisaría de Adrogué. Verificado el paradero de Muñoz, se comprobó que esa noche se encontraba en General Alvear, provincia de Buenos Aires.

Pocos días después, Justa Vicenta de Galdona acusó a Muñoz de haberla sacado a puntapiés de su casa con su hija Estela Raquel Galdona, de 14 años. En la subcomisaría de Longchamps, el oficial las había forzado a decir que la menor había mantenido relaciones sexuales con Pedro Vecchio. Más tarde, en la comisaría de Adrogué, les había hecho

firmar una declaración ya confeccionada que no pudieron leer. Madre e hija efectuaron la denuncia escolladas por la abogada Fonrouge. Curiosamente, en ese momento, como oportuna contrapartida, otra menor, María Teresa Rosales, declaró que se habían presentado en su casa de Villa Susana dos hombres. Se dijeron enviados de la abogada Fonrouge y le habían pedido que los acompañase a La Plata para inculpar de apremios ilegales al personal de la comisaría de Adrogué. En el caso de que se negase, la habían amenazado con pegarle un tiro en la cabeza. La adolescente no tardó en rectificar se denunciando al responsable de la subcomisaría de Longchamps de haberla torturado.

Pese a los obstáculos, la doctora Fonrouge continuó patrocinando denuncias contra Muñoz, entre ellas una realizada por la hija del propio Pedro Vecchio, Martha.

Sin embargo, no sólo los defendidos por la perseverante mujer efectuaban presentaciones ju-

INVESTIGACIÓN



El subinspector Muñoz escolta a Vecchio.

diciales por apremios ilegales. Otro de los detenidos, Fabrizio Pellegrino Mucci, dueño del chalet donde Vecchio, según la confesión de la Sisti, habría apalancado a Norma Penjerek, también reveló que había sido sometido a descargas eléctricas para que acusase al zapatero vareliense. Mucci poseía un chalet en Florencio Varela pero residía en la Capital, en un departamento de la calle Montevideo. Allí fue arrestado por la policía provincial.

Pocas horas después, su amigo y compañero de estudios en la facultad de Ingeniería, Carlos Antonio Raffo, recibió un llamado de Mucci, quien le solicitaba con una excusa que descendiera a la planta baja del edificio. Una vez allí, Raffo fue arrastrado hasta un automóvil por cinco hombres de civil. Disfrazado con un sombrero y una bufanda, lo condujeron a un lugar no identificado en la provincia de Buenos Aires, donde lo sometieron a torturas con picanas eléctricas durante varias horas. Mientras le introducían en la boca una bolsa con arena, provocaban las descargas al grito de "¿Dónde está Mirta Penjerek?". Finalmente, uno de los desconocidos indicó "Basta por ahora". Después de vestirlo, lo condujeron a la Capital, donde le dieron dinero para un taxi y le advirtieron que no contara nada de lo ocurrido. Raffo dio detalles en una conferencia de prensa y efectuó la denuncia, pero no volvió a ser molestado. Su amigo Mucci, en cambio, permaneció detenido.

Las sospechas contra Muñoz crecieron y adquirieron un peso tal, que se impuso ordenar una investigación en la ciudad de La Plata. El Implacable tenía una foja de servicios que incluía dos medallas de oro al mérito, un diploma y numerosas felicitaciones. Amable pero reservado, se negaba a hablar con la prensa de su situación.

Finalmente, el policía se separó de la investigación. A pesar de las múltiples acusaciones, su figura tuvo entusiastas defensores cuando se lo dejó de ver por la subcomisaría de Longchamps. "Su alejamiento de la investigación fue motivado por el cúmulo de influencias que se mueven en su torno para impedirle que continúe" se lamentó el vespertino *La Razón* en octubre de 1963.

Los vaivenes de la Sisti

MATE Y VENGA EN ACCION

Las idas y venidas de los testimonios de la prostituta Mabel Sisti resultan sorprendentes y, a primera vista, inexplicables. De un estudio de las circunstancias de cada uno de ellos, surge una relación entre lo que declaraba la testigo y el abogado que la asesoraba en cada momento. Sisti acusó a Pedro Vecchio y a Laura Mussio de Villano de integrar una banda

de tráfico de alcaloides y menores. En ese primer momento, la prostituta carecía de abogado defensor, probablemente porque creía que no corría peligro de permanecer en la cárcel demasiado tiempo. Entonces ingresó en escena Víctor Roberts Alcorta, un conocido abogado de La Plata. La Sisti manifestó a sus celadoras que pensaba cambiar su declaración. Además, en una carta a su familia, dijo que se acabarían sus problemas económicos y que tendría recursos para mantener a su hija y al bebé que estaba en camino. Hecha la retractación, la Sisti comenzó, en efecto, a vestir buenas ropas y a usar cremas de belleza, talcos y perfumes finos. No obstante, según testigos, la prostituta se mostraba a menudo deprimida y llorosa en su celda.

Súbitamente acudió a verla el doctor Adolfo Herrero, a quien ella había enviado un mensaje en los primeros días de su detención. El letrado ya la había defendido por hurto y le aconsejó que "dijera la verdad". Mabel Sisti volvió entonces a denunciar a la "banda" y a manifestar que había presenciado el crimen de Norma Penjerek. Pero cuando Herrero, con un poder de la Sisti, se apersonó en el juzgado de La Plata para acreditarla como defensor, se encontró con que su defendida se lo había revocado el poder, había nombrado nuevamente al doctor Roberts Alcorta y había ratificado la inocencia de Vecchio y compañía.

Poco después, un escrito que llevaba su firma aseguraba: "Cualquier rectificación que se me atribuya en el futuro sin la presencia del doctor Víctor José Roberts Alcorta, no habrá sido prestada con mi voluntad, sea efectuada ante cualquier autoridad judicial o policial de la Provincia o Capital

Federal". El abogado quería ponerse a salvo de las vacilaciones de la testigo y lo hizo con éxito: todos los acusados salieron en libertad.

Pero la historia no terminó allí. Un año más tarde, en diciembre de 1964, los medios de prensa informaron que Mabel Sisti había vuelto a declarar en contra de la "organización". Era demasiado tarde, ya nadie le creyó.

"UN BOGA PIOLA"

Conocido en su ciudad natal como Mate y Venga por su efectividad en casos difíciles, Víctor Roberts Alcorta tenía amistad con la familia Fonrouge, a la que pertenecían María Dolores -la defensora de Laura Mussio de Villano- y el caudillo conservador Juan Carlos. Este era presidente de la Unión Vecinal que integraba el concejal electo Vecchio. Fonrouge también se encontraba comprometido en la causa, citado como asistente a las "fiestas" donde se consumía droga y se corrompía a mujeres menores. Roberts Alcorta tenía una larga militancia conservadora. Durante el primer período peronista, cuando el Partido Conservador estaba enfrentado con el Gobierno, el abogado había pronunciado en un acto un enérgico discurso opositor que le valió un año de exilio en Perú.

Un antiguo socio lo recuerda como "un hombre un poco duro y agresivo frente a sus clientes, pero de una sensibilidad extraordinaria, incluso capaz de llorar. Tenía calle, muchas noches de estafío y rocío", dice. Aparecía como un "malandra" similar en gran parte a sus defendidos, que a menudo decían de él: "es un boga piola". Roberts Alcorta conocía profundamente todos los estratos sociales y en los más bajos se movía como pez en el agua. "Era noble y generoso. Defendía a mucha gente gratis. Se divertía profundamente trabajando. Además, esas personas agradecidas le proveían luego de información o de testigos que nadie podía conseguir, menos aún la Policía", señala el ex asociado.

Roberts Alcorta era extremadamente sagaz. En una oportunidad un hombre visitó su oficina preguntando por el paradero de uno de sus clientes. La excusa era saldar una deuda. El visitante vestía traje de calle, pero su camisa celeste llamó la atención del abogado. "Mirá, sinvergüenza -le espetó-, vos sos milico y te olvidaste de sacarte la camisa". Como su padre, un viejo comisario, Roberts Alcorta había sido policía. Antes de dedicarse a la abogacía, había llegado a ser director de Asuntos Judiciales de la Institución.

"En su práctica, ganó mucho dinero -admite su antiguo socio-, pero lo gastó todo. En un rasgo de buen humor, tuvo un stud llamado Mate y Venga. Llegó a poseer ocho caballos de carrera. Recorrió el mundo varias veces. Vivió con intensidad. Cuando murió en 1975, dije que no había vivido 72 años sino 216, por lo menos tres veces su edad cronológica".



La "entregadora" en su esplendor.

El silencio de Lulú

Cuando Laura Mussio de Villano sale de la cocina del chalet donde todavía vive, lo primero que impresiona es su decrepitud. Esa anciana canosa y desaliada tiene muy poco que ver con la hermosa mujer de pelo y ojos negros y piel blanca, de sobrenombre Lulú, que aparecía en las fotos de los diarios cuando todo ocurrió. Su voz, sin embargo, aunque cascada, es todavía enérgica. No desea ni siquiera empezar a hablar del tema. La sola mención del apellido Penjerek desencadena en ella una inmovilidad negativa. Con un "buenas tardes" abrupto, desaparece nuevamente tras la puerta vidriada, mientras agita los brazos en una protesta.

Única mujer de cuatro hermanos, su madre abandonó la familia y los dejó al cuidado de su padre, quien trabajaba como pocero. Los vecinos recordaban a Laurita a los 10 años como "una chica hurata, que se pasaba las noches leyendo novelas" y a los 13 o 14 como "callada pero muy sensual". Cuando se casó no pudo tener hijos; adoptó dos de los cinco que su cuñada había dejado huérfanos al morir en un intento de aborto. Era una mujer medianamente culta. Trabajó años por correspondencia con varias señoras inglesas. A estas mujeres, les contaba que se sentía abandonada por su esposo.

Nunca, en los 28 años que transcurrieron desde el asesinato de la Penjerek, habló con la prensa. Fue acusada de entregadora de menores, drogadicta, traficante de estupefacientes, de tener relaciones homosexuales con algunas de las jovencitas que habría regentado y de haber sido cómplice en el asesinato de Norma Penjerek. La Justicia la sobreescribió de los cargos de homicidio y corrupción, pero lejos de querer aclarar su situación frente a la opinión pública, tal como hizo Pedro Vecchio, quien llegó a entablar juicio a las revistas y diarios que lo comprometieron, la Mussio de Villano se mantuvo en silencio.

Lulú dejó cuestiones importantes sin aclarar. ¿Conocía a Norma? ¿La vio el día del crimen? ¿Por qué negó la acusación a Vecchio alegando que la habían torturado y luego se rectificó? Contundente en su negativa, Lulú está decidida a callar la verdad.



Mabel Sisti, buenas ropas y perfumes caros después de su retractación.

"Nunca había vendido tantos zapatos"

ENTREVISTA A PEDRO VECCHIO

La zapatería queda en pleno centro, frente a las vías del ferrocarril, a metros de la estación Florencio Varela. La Favorita tiene por fuera vidrieras modernas y una marquesina luminosa. Por dentro, en cambio, los estantes de madera oscura, las sillas y el mostrador permanecen tal como eran, seguramente, cuando el dueño del comercio, Pedro Vecchio, fue acusado

de asesinar a Norma Penjerek y de liderar una tenebrosa organización de trata de blancas y tráfico de drogas.

Vecchio está todavía allí, atendiendo la caja, ("compré una computadora -dice- pero todavía no aprendimos a manejarla"), supervisando el trabajo de sus vendedores. A los 77 años, tiene la imagen pacífica de cualquier comerciante de barrio. Abogado con una camisa de franela a cuadros y un pulóver gris, habla pausadamente y parece pensativo mientras intenta sin éxito mantener sobre la frente sus anteojos gruesos.

Se excusa de dejar el local para charlar. "Es que estoy solo, hoy no viene mi hijo", explica. Tiene, además, una sucursal de La Favorita a una cuadra. Los clientes lo llaman Don Pedro. Los chicos de la calle entran para pedirle monedas. Los vecinos abren la puerta y gritan "¿Qué dice, Pedrito?...". Uno se siente inclinado a pensar que, sin lugar a dudas, este hombre nunca fue culpable de homicidio.

-Pasó demasiado tiempo. No quiero recordar. Pero Vecchio, usted fue sobresedido. La Justicia lo considera inocente. ¿Se trató de una venganza?

-Sí. Todo ocurrió porque quise proteger a la hija de Juan Manuel Fernández, un fotógrafo que tenía su negocio aquí al lado, donde ahora hay una inmobiliaria. La chica vino corriendo para avisarme que el propio padre, que era viudo, había querido propasarse con ella. Yo la llevé a lo de la señora Laura de Villano, que tenía una boutique aquí junto a mi zapatería. Ella la cobijó en su casa, hasta la vio. La chica no volvió más con el padre. Se instaló en lo de otra familia conocida y después se fue a vivir a Rosario. Creo que se casó.

-¿Cómo era su relación con Fernández antes de este episodio?

-El era un loco. Acá en el barrio no se daba con nadie. Antes de que denunciara sus amigos como asesino de la Penjerek me acusó de haber secuestrado a su hija, pero la verdad era que ella no quería ni verlo. El vivía con una tal Norma Lapadura en concubinato. Mabel Sisti, una de las que declaró en mi contra, visitaba siempre con chicas jóvenes su local. Lo que querían era sacarle plata. A la Sisti yo la conocía de vista. Todo el mundo sabía que era una prostituta, se notaba hasta por la manera de vestirse que tenía. A veces venía con una chica, supongo que era la hija. A Fernández le iba muy bien económicamente. Había pocos fotografías en esa época en Varela. Además, tenía un hijo que trabajaba en la Antártida. El contrató, además de la Sisti, a las hermanas Varela y a una tal Bermúdez. De otros testigos ya no me acuerdo.

-¿Qué fue de Fernández?

-Murió. Tuvo un final muy triste. Lo velaron acá mismo, en su negocio. No vino nadie, ni los vecinos, ni su propia hija.

-¿Usted fue detenido mismo, en su zapatería?

-No, yo me entregué acompañado por mi abogado, ya fallecido, el doctor Samadín. Me presenté con él en la comisaría segunda de La Plata. Los policías no querían recibirme y él insistió. Estuve cuatro o cinco días allí y el resto del tiempo en la cárcel de Olmos. En total, estuve preso dos meses y medio.

-No tenía ser condenado y tener que purgar una condena larga?

-No, yo estaba convencido de que todo se iba a aclarar. Tenía el apoyo de mi familia, que conocía a la perfección mi vida. En ese momento vivía con mi mujer y mis hijos acá, detrás del local. No salía, casi. Los demás comerciantes de la zona también creían en mí.

-¿Cuando sucedió todo usted era concejal electo. ¿Cuál fue la actitud de su partido?

-Fui concejal, cumplí con mi mandato. Nosotros éramos peronistas, habíamos formado un partido con el nombre de Unión Vecinal. Todos mis compañeros me apoyaron sin reservas.

-¿No cree que su filiación política, en una época en la que el peronismo estaba proscripito, tuvo algo que ver con las acusaciones que se le hicieron?

-No, se trató meramente de una venganza personal. La política no pesó para nada.

-¿Pero por qué existió un ensañamiento especial con usted? ¿Qué elementos habrán pesado en la seguridad con la que la Policía afirmaba que usted era el culpable?

-El cadáver se había encontrado en jurisdicción de la comisaría de Adrogué. Supongo que por eso esa comisaría tenía sumo interés en resolver el caso, y pronto. A alguien había que detener, y me agarraron a mí. Además, todo el mundo sabía en ese momento que el juez Pedro Heguy, que también vivía en Adrogué, había tenido un drama familiar que en cierta forma influyó. Unos hombres



PABLO DEL LIZO



habían entrado a su casa y habían violado a su hija y a su mujer, así que estaba especialmente sensibilizado. A lo mejor, tratándose de un caso similar, lo tomó como una venganza personal. Finalmente, el juez Lozano Baudón me sobreesayó, cuando la Sisti confesó el "arreglo".

-¿Conoció al suboficial Abel Muñoz, que fue acusado de apremios ilegales por varios testigos de la causa?

-Piensa) No, no lo recuerdo. Yo siempre tuve excelentes relaciones con la Policía, sobre todo con la de Florencio Varela. Fui durante veinte años miembro de la cooperadora policial. Evita nos había regalado un Chevrolet 51 que rifamos para comprar la primera autobomba. Nunca me jorobó la policía. Al contrario, cuando salí en libertad me puso guardia en la puerta para que no me molestaran.

-¿Quiénes, los que todavía pensaban que era culpable?

-No, los periodistas, que se venían como moscardones! (Risas).

-La señora de Villano si denunció apremios ilegales. ¿Cómo era su relación con ella?

-Éramos buenos vecinos. Poco después de lo que ocurrió, se fue con el marido un tiempo a Mendoza. El tenía corrajes por el interior. La boutique la cerró cuando se le terminó el contrato de alquiler. Todavía vive aquí cerca.

-¿Florencio Varela era realmente en esa época un centro de tráfico de drogas y de prostitución, como aparece en las crónicas?

-No. Varela era un pueblo tranquilo. No se sabía de drogas ni de prostitutas, de eso se oye hablar recién ahora. El colectivo llegaba cada hora y media. Todo el mundo se conocía y se saludaba.

-¿Nunca había visto a Norma Penjerek?

-No, nunca. Del caso yo me enteré al principio solamente por los diarios. Me dio mucha pena. Los padres decían que era una chica buena, de su casa. Yo nunca anduve por el barrio de ella, por Palermo (sic). En ese momento jamás salía de Varela, y aquí nunca me la crucé.

-¿Cómo explica la existencia de fotos donde usted aparecía en fiestas junto a Norma?

-Fernández era fotógrafo. El pudo haberlas trucidado.

-¿Vio alguna vez a la familia Penjerek?

-Estuve a punto de conocer al padre porque Neustadt nos invitó a los dos a su programa, pero él no fue. Yo hablé igual, dije mi verdad.

-¿Cuál fue la reacción de la gente de la calle cuando usted fue liberado?

-Favorable. Casi nadie creía en mi culpabilidad. Por supuesto que había quienes desconfiaban, pero por ejemplo, cuando fui a *Sábados Circulares* y Pipo Mancera dijo "Fuerte ese aplauso", nadie dejó de aplaudir. Comercialmente podría decir que esto me favoreció. Había gente que venía a comprar sólo para conocerme. Llegaban del interior, del Uruguay. Nunca había vendido tantos zapatos. ¡Hasta tuve que abrir la sucursal!

ENTREVISTA A PEDRO VECCHIO

ASESINOS DE POCA MONTA

N

adie podrá explicar nunca del todo bien por qué ciertas historias sin encanto se convierten en best-seller, en el crimen de una época, en delito paradigmático. Sin magnificadas, sin psicópatas trepados con un M-16 a las terrazas de las hamburgueserías, el crimen nacional favorito no es tampoco el que recupera las tradiciones del thriller, el que exige audacia, inteligencia, frialdad, sutileza. Gustan los que suceden por casualidad,

los que emocionan el corazón y la cabeza a golpes de torpeza o de pasión, esos que cualquiera puede cometer sin que haga falta estar como un cencerro, haber cruzado para siempre las fronteras de la locura. Basta un crimen que concentre las virtudes y los defectos de lo que uno cree ser: impetuoso, caótico, imprevisor, creativo, emocional, desprolijo. Eso, el delito confuso, embarrullado, atado con alambre sí, pero atado y bien atado.

La muerte de María Soledad Morales va camino de convertirse en un clásico, de la misma manera que la de Norma Mirta Penjerek, una adolescente judía en una época en que las esvásticas se grababan a punta de Gillette en el pecho de las chicas, marcó los sesenta. Similares en su trama, su desarrollo y tal vez su final, ninguno de los dos acreditó en apariencia mérito suficiente para tanto fervor. No era difícil intuir que en ellas las cuotas mayores se las llevaban la sordidez, la miseria, los personajes de poca monta. Ni móviles espectaculares ni aterrorizantes disturbios psicológicos.

Con todo, algo debió esconderse allí de secretamente apasionante para salvarlos del olvido y la indiferencia. Quizá fuera la imprevista clasemediera de los protagonistas, algo que estremece porque un hombre de clase media siempre es más prójimo. Pero a lo mejor también por la intuición de que tirando de la madeja era posible darse de boca con los flecos del poder. En el "caso María Soledad" (cuando las crónicas sobreviven a la semana siempre adquieren el rango de "casos") flanquearon a la víctima un amante casado, inclinado a la buena vida, su extrínseca mujer, una rufia de la aristocracia pueblerina que mataba el

aburrimiento en fiestas peligrosas, y un grupo de muchachas que vio en ellos el cable que les echaba la suerte para el ascenso social. Norma Mirta Penjerek tuvo a Pedro Vecchio, un zapatero enfermo de adicción a las niñas, a la dueña de una boutique acusada de ganarse el pan como entregadora, a un fotógrafo de fiestas negras y familiares, a prostitutas.

Norman Mailer explicó, lacónico y seguro, las hipótesis que Legman planteaba en *Amor y Muerte*, un ineludible estudio sobre la censura. Legman cuestionaba: "Asesinar es un crimen, describir el asesinato no lo es. El sexo no es un crimen, describirlo, sí. ¿Qué pasa con esto?". Mailer, tan experto en camas como en violencia, respondió sensatamente que "leer sobre asesinatos quita el deseo mientras que leer sobre sexo incrementa el deseo". Morales y Penjerek, se dirá, aunaban la fórmula sexo, drogas y muerte, buenas lecturas de colectivo para aplacar una pulsión y alimentar otra. Pero esos datos no alcanzan a explicar que hayan calado con esa hondura a ratos desmedida. Lo cierto es que de un expediente salta el nombre del hijo de un diputado peronista apañado por la más poderosa dinastía local y del otro, un apellido entroncado a lo más rancio del conservadurismo populista: el de los hermanos María Dolores y Juan Carlos Fonrouge. Finalmente el poder, las influencias, la política se presentaban en el escenario dando razón a las sospechas de que buenos negocios sucios, enjuagues clandestinos, delitos impagados suelen contar, al menos, con la vista gorda de quienes viven a la sombra del poder.

En los años '50, el crimen romano de Vilma Montesi puso a Italia al borde del caos y a sus figuras públicas en los estrados judiciales. De clase media, la chica italiana tenía aparentemente una vida irreproachable. Apareció muerta en una playa sin que nadie pudiera explicarse por qué. Hubo quienes juraron haberla visto por la zona acompañada de un hombre. Pero la investigación chocó con el silencio de políticos y policías y con la complicidad de la familia Montesi. Del mismo modo, el caso Penjerek se evaporó sin que jamás se conociera la identidad de sus asesinos. Pero como el de la Montesi, el juicio acabó siendo un espectáculo en sí mismo: el desfile de testigos delirantes, las montañas de contradicciones, la acumulación de sospechas, los testimonios invalidados fueron el tapiz sobre el que se proyectó la imagen de lo público sobre lo privado, el pretexto de que, como sucede de tanto en tanto, la sociedad se procesa a sí misma. El ministro del Interior desvarió con el estado de sitio en Florencia Varela, la CGT amenazó con investigar hasta las últimas consecuencias las complicidades

Norman Mailer, tan experto en camas como en violencia, dijo sensatamente que "leer sobre asesinatos quita el deseo mientras que leer sobre sexo incrementa el deseo".

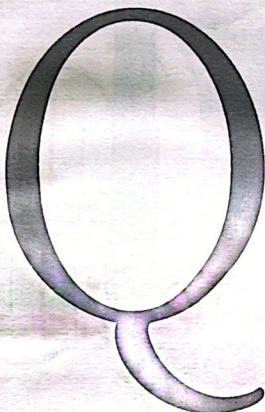
de los influyentes, los corresponsales extranjeros se solidarizaron con los padres, la Agrupación de Madres Argentinas llamó a Luna Park, con el beneplácito del vicepresidente de la Nación y el arzobispo de Buenos Aires, para que hablara en el Alfredo Palacios. La consigna que lo arropaba era "Contra la corrupción y por una justicia mejor".

De los miles de folios del expediente no quedó, sin embargo, ni un relato, ni una novela, ni un film mediocre. Puede que porque se sepa que al lado de la realidad de cada día, la ficción lo deja a uno insatisfecho y las mejores metáforas de la vida aparecen de tanto en tanto, entre las páginas de los diarios.

POR SUSANA VIAU



CONDENADOS POR LA MEMORIA



ué infiernos habían atravesado los padres de Norma Mirta Penjerek cuando, abandonada toda esperanza y con el sentimiento de un desamparo irremediable, optaron por emigrar a Israel? ¿Qué fantasmas habrán habitado sus noches de interminables preguntas, de vérgos asfixiantes, de culpas inevitables?

Durante años habían pronunciado, con todos los matices, las palabras necesarias: argumentos legales, llamados a la colaboración pública, apelaciones a dirigidos políticos, súplicas de piedad aún a quienes suponían despiadados, imploraciones al Dios que muestra

rostros innumerables. No era consuelo lo que buscaban cuando pretendían esclarecer el crimen.

El consuelo, imaginaban, viene por añadidura: llega -cuando se tiene la fortuna de que llegue- casi como una gracia. La demanda de justicia, en cambio, tiene que ver con un sentimiento de dignidad, con una manera de valorar la vida.

Los padres de Norma Penjerek necesitaban entender lo que había pasado, reconstruir la trama que les permitiera reconocer los pasos de la hija, para no dejarla sola en los abismos que había recorrido en sus apenas 16 años.

Necesitaban comprobar que alguna justicia humana era posible para seguir sosteniendo una fe que desde Abraham le había dado sentido a los padecimientos de su raza.

Cuando el 6 de abril de 1965 fueron sobrepasados todos los acusados por la muerte de Norma Penjerek, quedaba cerrado, al menos provisoriamente, un caso judicial. Se acumulaba un nuevo fracaso, una nueva sospecha sobre la perduración de la equidad en un país en el que aceleradamente las palabras se iban vaciando de significado, en el que las conductas humanas abandonaban su apego a la responsabilidad, en el que se afirmaba la fuerza del engaño.

Los padres de Norma Penjerek supieron que el mundo crecía ajeno a cualquier ética que sirviera de fundamento a la relación entre los hombres. También supieron que el

ejercicio sistemático del olvido era el reverso necesario de ese mundo. A lo mejor vislumbraron entonces que la escena en la que participaban se repetiría incansablemente. Como una pesadilla indeleble, la Argentina fue inscribiendo nombres diversos para el mismo sueño: María Soledad Morales es el más difundido en nuestros días.

Del "caso" Penjerek queda el amargo sabor producido por la evidencia del cinismo consagrado como norma social; la inquietante visión de que cuando la obscenidad de las conductas se vuelve descarada, el terror de ver en el otro un posible enemigo sólo parece superarse poniendo en práctica un cinismo más depurado; la convicción de que cuando los límites morales se pierden, no queda más que el oprobio.

Una de las formas de construir el olvido es transformar la vida en estadísticas y para ello es necesario prescindir del acontecimiento singular y único que significa cada ser humano. La adolescente judía desaparecida en el barrio de Flores se convirtió en un dato, en un número abstracto -como todo número- que alimenta el cálculo de recurrencias y probabilidades. La memoria no prescinde de los rostros. La memoria requiere las minucias de los cuerpos -esos ojos, ese pie, aquel dolor preciso- y del tamaño de las hojas de los cuchillos que los hieren.

La víctima requiere un victimario no sólo por apetito de venganza, sino para evitar diluirse. Sin culpables, el delito es pura sospecha. La defensa de los inculcados en el caso Penjerek argumentó con reiterado éxito que las fotografías aparentemente comprometedoras para sus clientes eran trucadas. De igual manera, toda descripción de una realidad puede ser un montaje caprichoso.

Entre 1962 y 1965, ante jueces y policías, más de 20 personas amaron y desamaron historias verosímiles y contradictorias. Lo afirmado hoy era negado mañana. Los mismos elementos fueron utilizados para inculpar o declarar inocencia. Como si hablaran de una realidad ajena a ellos mismos, los actores intercambiaban papeles. Las huellas materiales fueron confundidas y las huellas grabadas en las conciencias, fácilmente sustituidas por palabras.

Los padres de Norma vivían atemorizados por la memoria, por la constancia de las analogías. Recordaron seguramente las fotos que muestran los desechos de los campos de concentración nazis y que algunos las consideraron meros trucos. Cuando el estudiante Fabrizio Mucci -en una declaración luego desmentida- relató que Vecchio le había dicho: "de Norma, ya se arregló todo", los esposos Penjerek no habrán dejado de escuchar, en la rotundez de la afirmación, un eco de la "solución final" que décadas atrás intentaba clausurar el tiempo.

Las palabras tejen su propia coherencia. Detrás de los

Los padres de Norma Penjerek supieron que el mundo crecía ajeno a cualquier ética que sirviera de fundamento a la relación entre los hombres.

por HECTOR SCHMUCLER



nombres hay algo real que no se agota en los nombres. Eso real está en las raíces del crimen que condena a una sociedad, aunque las manos ejecutoras no aparezcan. Lo real está en la persistencia de la memoria.

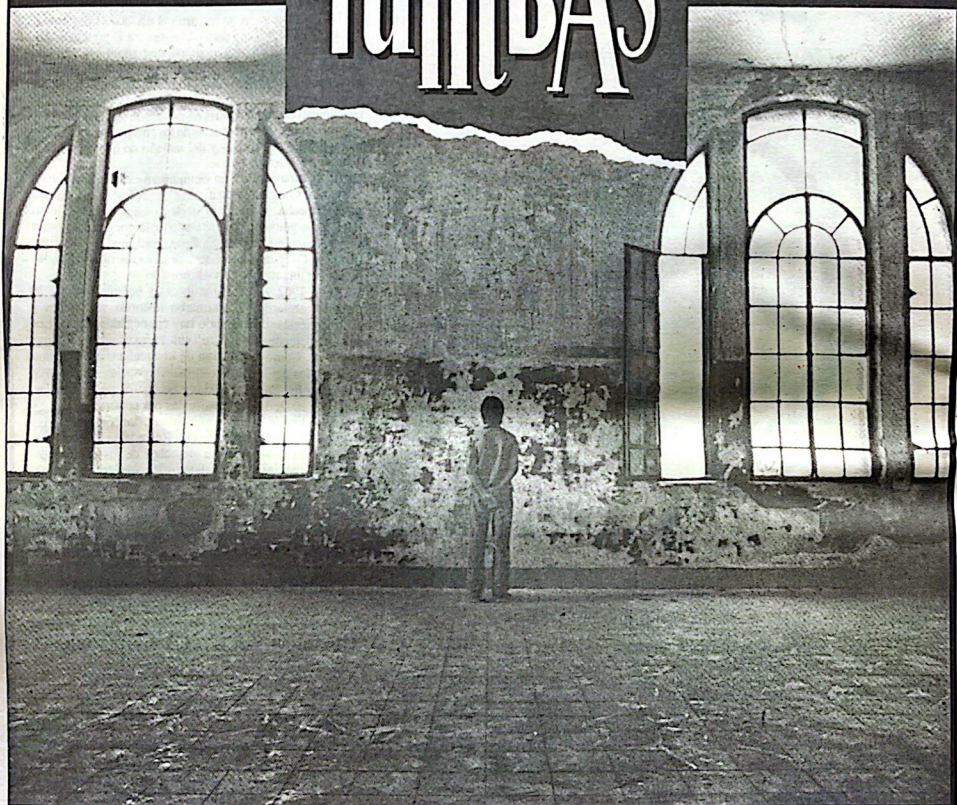
Es el secreto que guardan los cómplices y que está más allá de las palabras encubridoras. "La desaparición de Norma Penjerek, por alguna razón, causó temor a la crema de Varela, entre las 20 familias que manejaban todo", describe Benita Soto.

Lo real, ese secreto resguardado por complicidad, es esa "alguna razón" a la que alude la candidata a concejal y que el comisario apartado de la causa explicita: "grandes intereses que se juegan detrás de los delitos y que a veces son más poderosos que los resultados de la investigación".

NORMA
ALEANDRO

Las Tumbas

FEDERICO
LUPPI



Un film de JAVIER TORRE

Seleccionada por el Festival Internacional de San Sebastián

Informante de la policía antinarcóticos norteamericana (DEA), o miembro de una banda de narcotraficantes, o ambas cosas a la vez, Carlos Savignon Belgrano sorprendió a la opinión pública desde una moto Kawasaki en la que transportaba a Gabriela Sabatini. Hasta entonces, su nombre era objeto de negociación en los pasillos de los tribunales. Pero luego de que se lo fotografiara junto a la campeona, la Justicia pasó a considerarlo un peligro. Estaba en juego una gloria del deporte nacional.

INFORME ESPECIAL

OPERACION LANGOSTINO

POR JUAN J. SALINAS Y EL EQUIPO DE DYC

En julio de 1988, la Policía Federal secuestró la mayor cantidad de cocaína hallada hasta esa fecha en la Argentina: 513 panes en un galpón de Avellaneda - donde se detuvo a Walter Karlicowsky - y 579 en el piso doble de una *Traffic* estacionada en Posadas y Cerrito. Así lo puntualizó el diario *La Nación*. Todos los panes eran de medio kilo, termosellados y con una sonrisa en un sello redondo. Iban camuflados entre langostinos. La Policía denominó al decomiso *Operación Chango*, pero la prensa lo cambiaría por *Operación Langostino*.

Casi de inmediato fueron decomisados 1.224 kilos más en Filadelfia, Estados Unidos. En este caso, la cocaína estaba mezclada entre *anchaos* procedentes de Buenos Aires. Ambos cargamentos formaban parte de dos toneladas procedentes de Santa Cruz de la Sierra, Bolivia. El negocio había sido descubierto por la DEA, la policía antinarcóticos estadounidense.

Simultáneamente se detuvo al jefe de la banda, Jorge Francisco Alonso, *Gallego*, y al colombiano John Arroyave Arias. Otras personas fueron arrestadas en Santiago del Estero, donde se encontraba la pista de aterrizaje clandestina, y en Mar del Plata, ciudad en la que vivía Alonso. Los datos para las capturas provinieron del *paparazzi* argentino Carlos Horacio Savignon Belgrano, miembro de la misma banda conocido como *Pucho*,

Gardel, *X-C* o *Sabañón*. El grupo compraba la droga a los colombianos y la colocaba en Europa y los Estados Unidos. Al parecer, *Pucho* había sido detectado gracias a la agenda de Alberto Díaz Romero, un narcotraficante que purga una condena a prisión perpetua en la Isla Martínique.

¿Los motivos de la traición? Según un alto oficial de la Policía Federal "la DEA seguía a Alonso, Savignon Belgrano y Arroyave por todos lados, pues sabía que planeaban una gran exportación de cocaína a través del Pacífico. En julio de 1988, cuando los tres estaban en Santiago de Chile, Savignon fue detenido por agentes de la DEA que le prometieron impunidad y 50.000 dólares por su colaboración. *Pucho* estaba caliente con la mujer de Alonso. Lo entregó. Este juego es así: no tenía demasiadas alternativas".

Luego de realizar algunos procedimientos vinculados con el hecho, el juez interviniente en la causa, Luis Losada, devolvió a *Pucho* sus equipos de fotografía y 63.000 dólares, guardados en la caja de seguridad de Jorge Donati, dueño de una concesionaria de autos. El magistrado argumentó que si bien "en algo había estado", Savignon era apenas "un picaro de las tarjetas de crédito". Losada también había entregado gran parte de las ganancias de la organización a la esposa de Alonso, Alicia Trobbiani. Savignon siguió en contacto con sus ex socios hasta que, en enero de 1990, Alonso comprendió (o le dijeron) que *Pucho* había sido el delator y que era amante de su mujer.

Enureta, *Pucho* rehizo su vida de *paparazzi*. Fue la única persona autorizada a retratar al cadáver de Cristina Onassis (las fotos las compró la revista española *Hola*) e intentó, fiel a su carácter veleidoso, codearse con el *Jet-set*. Lo consiguió. En setiembre de 1990, un colega de Editorial Atlántida lo fotografió llevando a Gabriela Sabatini en una moto Kawasaki valuada en 15.000 dólares. La revista *Gente* presentó al desconocido como "novio" o, al menos, "simpatía" de la tenista. Muy poco antes, Sabatini había confesado "¿El hombre de mi vida? Un tipo maduro, dulce, sincero más que nada. Morucho. De ojos claros. ¡No pido nada, eh! Ah, alto. Sí, también que sea alto". Rejuvenecido gracias a varios estratagemas faciales - tiene 49 años - *Pucho* aspiraba a ser el hombre de la campeona.

Fue a partir de este hecho que los fiscales Ricardo Cavallero y Fátima Ruiz López, a quienes no interesaba demasiado que *Pucho* hubiera colaborado con la Policía, pudieran exigir que se lo detuviera. El juez accedió. *Langostinos* vaya y pase. Sabatini, no.

A partir de entonces, Savignon quedó prófugo.



El 25 de setiembre de 1990, Fernando Armas apareció muerto con un balazo en la sien y una pistola calibre 22 en la mano en su estudio del pasaje Rivarola 140, departamento "C". Poco antes había dejado de ser el defensor del colombiano Arroyave, quien había sufrido un gran disgusto al enterarse de que, a espaldas suyas, el abogado mostraba el expediente a Savignon. El socio de Armas, el doctor Quini, atestiguó que había sido un suicidio. Era la hipótesis lógica. Decían que el letrado era fanático del póker y que tenía muchas deudas de juego. Su vecino de piso, el contador Jorge López, indicó que no había percibido que Armas "estuviera abatido ni deprimido. Nada hacía presumir una actitud así de su parte".

El 18 de diciembre de 1990 se incineró la cocaína del *Operativo Langostino*. Durante el procedimiento, el secretario de Prevención de la Drogadicción y Lucha contra el Narcotráfico, Adolfo Lestelle, informó: "Hay una serie de desprolijidades que hay que resolver rápidamente, como el caso de este hombre que se contacta con los diarios y les envía cintas grabadas y no se sabe aún a ciencia cierta si es un delincuente o un informante".

Savignon Belgrano se entregó el 26 de febrero de 1991 escudado en un diploma entregado por la DEA. Para eliminar toda duda, el embajador norteamericano en Buenos Aires, Terence Todman, certificó la autenticidad del documento y aseguró: "Estos certificados de la DEA son otorgados a personas o agencias policiales que se destacan por su colaboración y aporte en la lucha contra el narcotráfico internacional".

En medio de incontables recusaciones de la defensa de los procesados, el vicepresidente de la Nación abogó públicamente por la libertad del *paparazzi*. Argumentó que "es insólito que alguien que ha colaborado para desbaratar uno de los más grandes operativos de narcotráfico permanezca detenido, mientras tantos narcotraficantes se pasean libres por la calle. No veo por qué se lo acusa de complicidad. Lo que pasa es que nuestras leyes penales son obsoletas y no contemplan adecuadamente delitos de jurisdicción internacional". Estas declaraciones provocaron un conflicto de poderes con la Justicia. Desde la cárcel, Pucho haría saber a la prensa que temía por su vida.

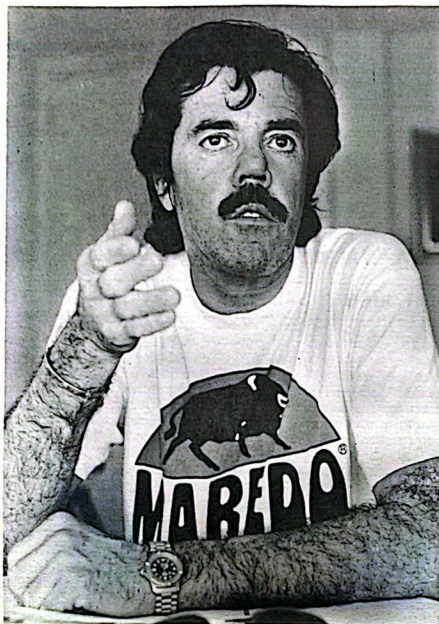
Savignon siguió en contacto con sus ex socios hasta que Alonso

comprendió (o le dijeron) que Pucho había sido el delator y

que era amante de su mujer.

La jueza Susana Castro de Pellet Lastra, a cargo de la causa en ese momento, fue terminante. A pesar de que Pucho alegaba que el difunto jefe de la Policía Federal, Juan Pirker, estaba al tanto de su colaboración, la magistrada sostuvo lo contrario. "Los

INFORME ESPECIAL



Habla mucho, pero no convence.

comisarios Armesto y Escalante han negado que la Policía Federal haya dado instrucciones a Savignon Belgrano -aseguró-. Por otra parte, nuestro orden jurídico, a diferencia de lo que ocurre en el sistema judicial norteamericano, no prevé la figura del informante". Además, la jueza se negó a citar a declarar a Ernesto Batista, miembro de la DEA que iba a dar fe de lo afirmado por Pucho. "La (DEA) carece de funciones operativas en nuestro país, por lo que de ninguna manera podría haber dado instrucciones legítimas al procesado acerca de su manera de proceder en el hecho de referencia", afirmó Pellet Lastra para luego, ya presa de amor a la patria, concluir: "Admitir lo contrario significaría aceptar una violación a la soberanía nacional".

Poco después, la causa pasó a manos del juez Julio Speroni, quien liberó a Savignon a pesar de las protestas de los fiscales. El magistrado opinó que aunque Savignon nunca había sido empleado "de planilla" de la DEA, había colaborado con ella como "agente

encubridor". Con respecto a la resistencia de la jueza anterior a reconocer las atribuciones de la DEA para actuar en el territorio nacional, Speroni dijo: "La DEA mantiene con la Argentina vínculos legales en la lucha contra el narcotráfico y hace cierto tiempo ejerce, con la anuencia de nuestras autoridades, funciones operativas dentro del territorio nacional. Negar esa realidad incontestable sería dar la espalda a la verdad y resolver en forma hipocrita una cuestión en la que está en juego la libertad de una persona".

Indignado por la libertad de Pucho, el fiscal de cámara Héctor Cavallero pidió el juicio político de Speroni. La causa pasó a manos del juez Pisarencio, quien libró una nueva orden de captura. Enterado a último momento, Savignon dejó plantados a los periodistas que había citado en el restaurante *Giorgio* para una conferencia en la que había prometido decir su verdad. Su abogado defensor, Pablo Argibay Molina -vinculado como el *paparazzi* a Editorial Atlántida-, se disculpó explicando que *Mandrake* había anunciado a Pucho de que la Policía andaba nuevamente tras sus pasos. Versiones sobre su paradero, corrieron muchas. Entre ellas, que se habría refugiado en dependencias de la DEA. Desde entonces, nada se sabe de él. Por su parte, los fiscales insisten: para ellos Pucho debe estar a la sombra.

LA BANDA

La lista que sigue contiene los nombres y las funciones de las personas acusadas por la Fiscalía como integrantes de la banda que exportaba cocaína en cargamentos de langostinos:

Jorge Francisco Alonso, El Gallego (46). Era el jefe de la banda argentina. Utilizaba múltiples identidades. La más habitual de ellas era Jorge Camacho. Daba órdenes a todos los integrantes de la organización, excepto a Fagoaga, Savignon Belgrano y Arroyave Arias. Su casa de Mar del Plata era prácticamente el cuartel central de la banda, dada su proximidad con la sede de la empresa VIP (agencia de seguridad que habría dado cobertura a los narcotraficantes). Era el dueño de la mayor parte de la amplia flota de vehículos en los que se movilizaban sus dirigidos, aunque muchos de los rodados estaban a nombre de su esposa. Bajo falsas identidades aparecía junto a Ullúa como dueño de la estancia La Verde. Cuando fue detenido, Alonso portaba una pistola con silenciador. Reveló al juez que conocía a Arroyave desde hacía diez años. La Fiscalía pidió 25 años de prisión.

John Arroyave Arias (32). Ciclista colombiano, no tenía antecedentes policiales. Pertenecía a una familia de buena posición económica. Es dueño de un bowling y una galería de arte en su ciudad natal, Medellín. No usaba documentos falsos. Ya había estado en la Argentina en 1982. Fue detenido junto a Alonso en un apart hotel de Buenos Aires. El pedido de condenas es de 13 años.

Alberto Fagoaga, El Vasco (49). Es piloto. Construyó la pista de aterrizaje, recondicionó la casa de campo de La Verde, compró una camioneta Ford F 100, tres utilitarios Traffic y un Peugeot 504. Alquiló una casa en Santiago del Estero, donde se presentaba como dueño de La Verde con el nombre de Rubén Saglio Rossini. Había estado preso en una cárcel de seguridad de Florida (Estados Unidos) por las estafas con tarjetas de crédito que había concretado junto a Savignon y Alonso y, al parecer, por falsificar dólares. Fugado casi milagrosamente, se pensó que había sido reclutado por la DEA. En 1984 había estado en Madrid, en un departamento alquilado por Savignon Belgrano. Luego de permanecer 14 meses prófugo, fue apresado el 4 de setiembre de 1989 en un hotel del Once, donde estaba registrado como con una falsa identidad. La Fiscalía solicitó 23 años de cárcel.

Emilio José Puerto (34). Era el encargado de seguridad durante los aterrizajes en La Verde de las avionetas cargadas de cocaína. Actuaba bajo los órdenes de Ullúa. Probablemente, también fuese una pieza esencial para los embarcos de droga a Mar del Plata. Poseía una credencial de la agencia

CARLOS VIDAL/CLARIN



La droga fue incinerada en los crematorios del cementerio de Chacarita.

VIP. Fue el último en ser detenido, el 22 de noviembre de 1990, a bordo del pesquero Coraje, amarrado en el puerto de Mar del Plata. Vinculado a la actual conducción del Sindicato de Obreros Marítimos Unidos (SOMU), varios dirigentes y afiliados de este gremio fueron arrestados pocos días después a raíz de un cargamento de cocaína descubierto dentro del buque argentino Centurión, amarrado en Valencia. A dos de los dirigentes, Liberato Carmelo Querques y Ricardo Marrapodi, el juez federal Manuel Blanco los tildó de "traficantes internacionales". Soportó un pedido de condena de 13 años.

Walter Marino Karlicowsky (34). Mano derecha de Alonso, empleaba el nombre Pablo Migliore. Formó la empresa - pantalla Lupo Sociedad Anónima, la firma que exportaba los langostinos. Tenía una credencial como supervisor de la agencia VIP. Fue detenido en el galpón de la calle Gattemeyer al 2300 en Avellaneda, cuando descargaba una de las Traffic. Estaba armado. Se solicita prisión por 21 años.

Eduardo Salvador Ullúa (39). Utilizaba documentación falsa a nombre de Jesús Eduardo Comejo y Raúl Herrera. Lo llamaban Peiso. Era el segundo de la agencia VIP, detrás de Fernando Orsini, gracias a sus numerosos contactos. Al ser detenido, su agenda estaba llena de "referencias a funcionarios, políticos, militares y

policías", según consta en el Expediente. Ex miembro del grupo fascista Concentración Nacionalista Universitaria (CNU), había sido condenado por el asesinato de la estudiante Silvia Filler en la Universidad de Mar del Plata, ocurrido en 1971. Durante la dictadura había trabajado en el Batallón 601 de Inteligencia gracias a su amistad con el mayor Arturo Arrillaga, quien se haría famoso al reprimir el ataque al regimiento de La Tablada en 1989. En ese momento Arrillaga, padrino de un hijo de Ullúa, era el encargado de Inteligencia e interrogatorios del Grupo Antiaéreo de Camet. La Fiscalía pidió 20 años de prisión.

Roberto Luis Quesada, *El Turco* (42). Era la mano derecha de Ullúa. Administraba la estancia La Verde, por lo que también cuidaba su pista de aterrizaje. No usaba documentos falsos. En la agencia VIP había una credencial del SOMU a su nombre. Como su jefe, había pertenecido a la CNU. Es técnico agrónomo. Los fiscales solicitaron 15 años de cárcel.

Nicodemo Kobylarz, *Cachorro* (32). Piloto y experto en comunicaciones, instaló la compleja conexión radial que enlazaba a La Verde con el depósito de Avellaneda, la casa de Alonso, la agencia VIP, los coches de la gaviola y el taller de motos de Karlicowsky. Soportó un pedido de condena por 15 años.

DIVISION MIAMI

La Drugs Enforcement Administration (DEA) depende, como el FBI, del Departamento de Estado norteamericano. La organización, cuya notoriedad crece día a día, parece destinada a ocupar el espacio que la CIA comenzó a perder desde que cayó el muro de Berlín y acabó la guerra fría.

Las relaciones entre la DEA y la Policía Federal se establecieron recién en febrero de 1984, luego del retorno de la democracia a la Argentina. La DEA suele acusar a la Policía Federal de "interferir" en sus planes y, a veces, de que algunos de sus hombres conservan y reciclan parte de la cocaína secuestrada. Uno de los principales asesores de la DEA en asuntos latinoamericanos es Leandro Sánchez Reisse, prófugo de la Justicia argentina y amigo de Savignon.

Desde la asunción de Alfonsín, nutridas delegaciones de las distintas fuerzas de seguridad argentinas -con amplio predominio de la Gendarmería- asistieron a los cursos de 35 días que ofrece la Universidad Policial de Georgia, rodeada de mil hectáreas de praderas. La creciente importancia que la DEA asigna a la Argentina queda ilustrada por los números: en 1989 habían destinado 4 agentes en Buenos Aires; hoy hay 19.

No es raro que, tal como sucedió con Savignon, alguien trabaje al mismo tiempo para la DEA y para los carteles de la droga. Según se narra con lujo de detalles en el libro *Las Guerras Secretas de la cocaína* (Paul Eddy, Editorial Zeta, colección Reporter, Buenos Aires, 1989), el inspirador del personaje *Teniente Castillo* de la serie División Miami y legendario jefe de la policía antinarcóticos de esa ciudad, el cubano-norteamericano Raúl Díaz, fue siempre sospechoso para "el FBI y los agentes de casi todos los organismos de justicia" de ser "un policía totalmente corrupto y corruptor". Lo acusaban de "forjar una malvada alianza entre la CIA y los narcotraficantes con el propósito de suministrar fondos a los contras nicaragüenses". Eddy concluye afirmando que, en realidad, Díaz estaba relacionado con "la familia Ochoa de Medellín, para la que trabajó indirectamente". A pesar de eso, el policía tiene en el living de su casa un reconocimiento de la DEA, como el que atesora Puchó.

Las guerras de la cocaína está sobre el escritorio de los responsables del Departamento Drogas Peligrosas de la Policía Federal, quienes lo consideran un imprescindible material de consulta. El libro fue dedicado por Eddy "a la memoria de Kojak, inspirador, guía, firme aliado y verdadero amigo". Kojak era el alias del cubano-norteamericano Luis García, quien en 1980, a los 48 años, se convirtió en "el mayor traficante de marihuana de todos los tiempos" para retirarse poco después y trabajar para la DEA. Antes de morir de un infarto, García escribió un libro de memorias, *Marimba*. Allí narra como la DEA le otorgó con gran boato el diploma.

LANGOSTINOS A LA SAVIGNON

El menor de cuatro hermanos, Carlos Horacio Savignon Belgrano, parece haber iniciado la formación de su personalidad a los 13 años, cuando se subió a su primera motocicleta, una Puma. A los 17 trabajó como motorista, llevando latas de película de un cine a otro.

A los 19 -ya era "muy mujeriego", se jactaría más tarde- se casó con Cristina Otero. Aunque poco después se separó, de la unión nació su única hija, Marcela Alejandra, quien hoy tiene 29 años. El 20 de julio de 1964 asaltó a mano armada y enmascarado el albergue transitorio Venecia, en Ciudad de la Paz 2786; el 5 de agosto siguiente, otro hotel de citas, el Juramento Palace, en Juramento 2693. El 14 de agosto volvió al segundo albergue y sin sacar el revólver, sólo con amenazar al propietario, se alzó con otro botín.

El 28 de agosto, con un arma de fuego, despojó de un portafolio con alhajas a un vecino que ingresaba a su domicilio de Moldes 673. El 11 de septiembre teatralizó un falso ataque en una joyería de la avenida Cabildo para cobrar la prima del seguro junto al dueño. Tres días después robó, armado y con dos cómplices, el Valiant de un vecino.

Savignon Belgrano fue apresado antes de que pudiera ver el dinero del seguro de la joyería. Lo condenaron a cinco años de prisión en suspenso, pero continuó con los atracos. En 1967, el juca de La Plata Juan Giangrande le impuso siete años y medio de prisión por un hurto calificado cometido en Vicente López. Puchó recalcó fugazmente en la cárcel de Devoto y pasó a la de Caseros. A comienzos de la década del '70, sin haber llegado a cumplir el castigo, inauguró un pub en San Isidro en sociedad con Marcelo Viola.

Fue en ese entonces que decidió convertirse en paparazzi, aprovechando sus conocimientos de fotografía. A partir de 1974 comenzó a viajar seguido a Miami, donde se radicó cuatro años más tarde, luego de cubrir el Mundial de Fútbol para la revista Goleo. El torneo le sirvió para contactarse con jefes y subalternos del Batallón 601 de Inteligencia, que estaba a cargo de la seguridad del campeonato.

A fines de 1979 se instalaron en Miami dos importantes miembros del Batallón 601. Raúl Guglielminetti, alias Mayor Guastavino, y Leandro Sánchez Reisse, alias Daniel Vieyra o, más familiarmente, Lenny. Los agentes tenían la misión de organizar en esa ciudad la sede del Grupo de Tareas del Exterior (GTE), desde la que los militares argentinos combatirían a la guerrilla salvadoreña y armarían a los contras nicaragüenses para derrocar al gobierno sandinista. El plan, comandado por la CIA, se denominó Operación Hoja de Parra.

Pucho recibió con agrado a sus dos compatriotas. No es seguro que haya sido miembro, al menos importante, de la red de espionaje. Probablemente no haya sido más que un "abrepueras", como le gusta definirse. Guglielminetti

había sido integrante de la banda de Anibal Gordon, periodista y miembro del Batallón de Inteligencia. Sánchez Reisse, miembro de la organización Tradición, Familia y Propiedad, había ingresado al Batallón 601 -hoy Central de Reunión de Inteligencia Militar- como experto en la lucha contra "la subversión económica".

El Mayor Guastavino y Lenny se habían conocido durante el secuestro e interrogatorio del matrimonio Chavanne en el Centro Clandestino de Detención El Campito, dentro de la guarnición de Campo de Mayo. Los Chavanne eran directivos del Banco Hurlingham y socios de David Graiver, el financista acusado de manejar la plata de la guerrilla. "Todo en la Argentina es pour la gallerie. Yo soy nazi para la galleria", explicó Guglielminetti a su segundo luego de redactar juntos un volante con la sigla de una organización terrorista que harían distribuir luego de concretar un secuestro extorsivo. Sánchez Reisse asintió. Por otra parte, él no había tenido inconvenientes en cenar a solas en la Recoleta con el embajador de Israel en la Argentina, Ram Nirgad, durante algún regreso a Buenos Aires.

Los agentes blanquearon su situación en los Estados Unidos como empleados de Free Port, negocio líder del "deme dos" en la época de la plata dulce. Desde ese comercio, Savignon Belgrano, Alonso y Alberto El Vasco Fogaaga -viejo socio del Gallego de Mar del Plata- habían puesto a funcionar una cadena de estafas con tarjetas de crédito adulteradas. La descripción que Puchó haría de un tal Juan Carlos Domínguez, un misterioso socio de Alonso en Miami, coincide con la del coronel (R) José Osvaldo Balita Ribeiro. Este militar era una de las cabezas del GTE y sería relevado al tratar de quedarse con casi un millón de dólares que debía entregar a la CIA.

Sánchez Reisse y Guglielminetti montaron rápidamente en Miami dos empresas. Una de ellas, Argenshow, a cargo de Lenny y con sede en Fort Lauderdale, organizaba actuaciones de artistas internacionales en los Estados Unidos y la Argentina. Fue la empresa que se asoció con Palito Ortega para traer al país a Frank Sinatra. También amó la presentación del griego Demis Roussos que terminó en abucheo cuando el público descubrió que el cantante utilizaba play-back (el truco



Todo en la Argentina es pour la gallerie. Yo soy nazi para la galleria", explicó Guglielminetti a su segundo Sánchez Reisse.

de simular estar cantando mientras se emite una grabación). Argenshow permitió a Puchó ganarse unos cuantos dólares.

La otra empresa, regentada por el Mayor Guastavino, era la casa de cambios, empeño, exportación e importación Silver Dollar. En realidad, ambos negocios eran pantallas de las actividades del GTE, como lo reconocería Sánchez Reisse el 23 de julio de 1987, al comparecer ante el Subcomité de Terrorismo, Narcóticos

y Operaciones Internacionales del Senado estadounidense.

Savignon Belgrano se fugó con Luisa Rutenberg, la sexagenaria mujer del dueño de Free Port, a nombre de la cual éste había puesto gran parte de sus bienes. En tres meses se casó, la exprimió y la hizo a un lado. Amenazado por la señora Rutenberg, con Fagoaga preso y buscado por el FBI, Pucho se fue a España, donde cubrió el Mundial de Fútbol '82 y se quedó a vivir, aunque viajando frecuentemente a Buenos Aires y Miami.

Como él mismo relataría, en España se adentró en el jet-set. No sólo se relacionó con el clan Maradona, sino también con el empresario y play boy argentino José Lata Liste y su amiga Isabel Zorrarín, madre de Felipe Satorius -la novia del príncipe Felipe- Solía reunirse con ellos en Mau Mau, la boite de Lata Liste en Madrid, donde bebía gratis por ser reportero de HOLA.

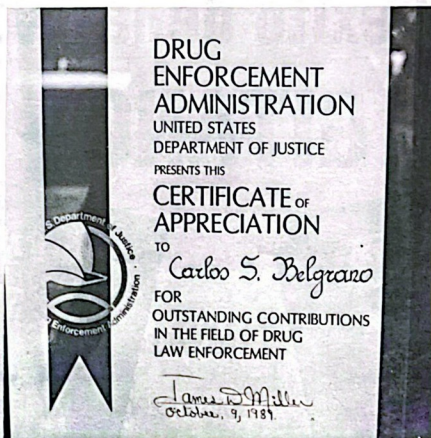
A principios de 1987, la Policía española estaba convencida de que Isabel Zorrarín tenía vinculaciones con el tráfico de drogas desde la década del '60, época en que era esposa del primer ministro del Perú, Manuel Ulloa, quien a su vez era socio de Lata Liste en Mau Mau. La noticia fue revelada por el periodista Jordi Gordon en el semanario madrileño Tiempo en base a documentos reservados de la Policía de ese país.

La Interpol describió al playboy argentino como "la persona que realiza todas las operaciones ilícitas, desplazándose con frecuencia al extranjero, (...) aparece implicado, en el año 1974, en una operación de nueve kilos de cocaína". De Zorrarín, la Policía española sostenía que tenía previsto "un viaje a Lima y de allí otro a Buenos Aires para reunirse con Lata Liste, sospechándose que el motivo de la cita entre éstos sea la planificación de una importante operación de tráfico de cocaína". Un juez español ordenó intervenir los teléfonos del dúo, pero al parecer alguien les avisó a tiempo y viajaron a Buenos Aires. En la misma época, retornó al país Carlos Savignon Belgrano.

La difusión de los documentos de Interpol permitió que el gobierno de Carlos Menem considerara congelar el nombramiento de Lata Liste como funcionario en España. Julio Bárbaro, por entonces subsecretario de Cultura y responsable de su designación, declaró: "Si Lata Liste no es culpable, nadie es culpable". Pero pasado un tiempo, el Presidente Menem lo confirmó como comisario general de la Expo Sevilla '92.

Mientras Lata Liste se proponía iniciar su carrera como funcionario, Savignon aparecía vinculado con unos vuelos que comenzaron a llegar en octubre de 1987 con una frecuencia que iba de la semana a los veinte días a la estancia santiguera La Verde. Llevaban la droga de la banda desbaratada en la Operación Langostino. El cálculo más modesto es que consiguieron reexportar 11 envíos de 400 kilos de cocaína hasta julio de 1988.

INFORME ESPECIAL



La ambición de todo narcotraficante: tener un diploma de la DEA.

EN DEFENSA PROPIA

Tratando de evadir la cárcel, Savignon Belgrano compuso en sus declaraciones a la Justicia y a la prensa una campaña de imagen personal. Aquí se transcribe parte de su laborioso trabajo.

"En Estados Unidos me enamoré de una chica y poco después me di cuenta que tomaba drogas. Luché mucho para que las dejara. Ella estuvo tres meses internada, pero fue inútil. Me la traje a Buenos Aires para tratar de despegarla de la adicción, pero tampoco resultó, ya que al mes se volvió a los Estados Unidos. Así nació mi odio hacia los narcotraficantes. No a los que toman drogas sino a los narcotraficantes".

"No es cierto que haya arruinado a Luisa (su segunda y sexagenaria mujer). El negocio (Free Port) empezó a dejar unas ganancias increíbles, pero ella no lo supo seguir manejando. Me separé a los tres meses de haberme casado porque me levanté de coche a coche a Terry, una gringa azafata que fue mi tercera esposa. Nos casamos en Pensacola, un pueblito de Florida".

"No me gusta hablar de Alicia (la mujer de Alonso) porque estamos distanciados y me tiene loco. Está embarcada en una auténtica campaña contra mí: llama por teléfono a mis amigos y les dice que soy un hijo de puta y que no se junten conmigo porque cuando los del cartel vengan a matarme, van a matar a todos los que estén conmigo".

"Faltaba un día para que Julio (Iglesias)

"Yo no soy un hombre de la noche, como dicen. La noche no me va y me gusta despertarme temprano, con el sol, y agradecer a Dios un día más. Vivo de mi trabajo y me las arreglo con 600 dólares mensuales. Esa es la vida fastuosa que tengo. ¡Si nunca tuve cuenta corriente! Apenas si tengo una moto y un coche. A causa de todo esto no consigo trabajo desde hace ocho meses. Yo no he fumado en toda la vida, jamás he bebido. No tengo problemas en que me hagan una rinoscopia. A mí lo que me gusta es hacer deporte, me gusta el paddle. Mi vida es muy rutinaria".

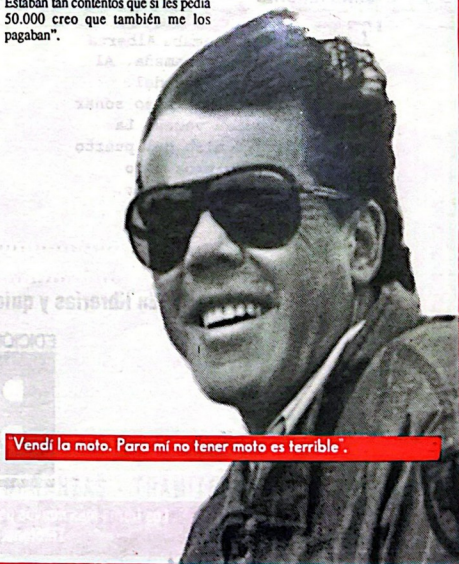
"A Diego (Maradona) lo conocí en Las Vegas cuando pelearon por el título mundial Ray Sugar Leonard y Tommy Hearn. El estaba con su familia y con Cyzyk y nos fuimos a comer. Cuando Diego pidió la cuenta yo ya había pagado. Yo jamás entro por la puerta de la cocina".

"Cuando Alonso me decía que llegaban los cargamentos, yo creía que eran de miel".

"Vendí la moto. Para mí no tener moto es terrible. Ando en moto desde los doce años".

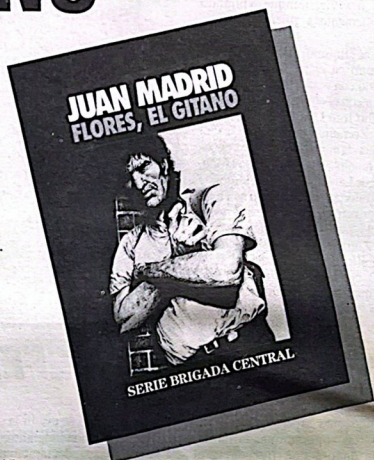
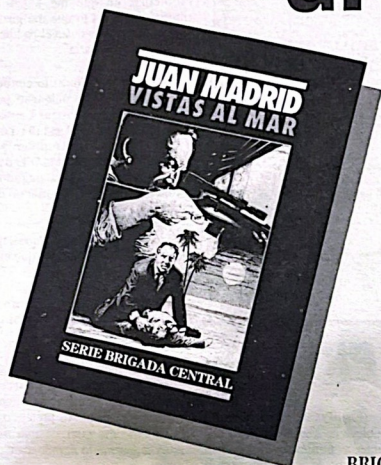
"Me considero, si no un héroe, el hombre que hizo posible descubrir el mayor cargamento de cocaína de la historia del país. No pretendo que el presidente me cuelgue una medalla, pero sí que me lo agradezcan".

"Es mayor castigo estar prófugo de la Justicia que la venganza que un día pueda tomarse el Cartel de Medellín".



Vendí la moto. Para mí no tener moto es terrible.

El éxito de la TV: GITANO



SERIE
BRIGADA CENTRAL

VISTAS AL MAR

JUAN MADRID

"El navío se llamaba *Alberta* y tenía bandera panameña. Al entrar en la dársena del puerto de Barcelona hizo sonar la sirena varias veces. La lancha del práctico del puerto se colocó en su proa y lo condujo hacia el interior. Estaba amaneciendo...

FLORES, EL GITANO

JUAN MADRID

"La ciudad no tenía horizontes. Hasta lo que alcanzaba la vista, los edificios recortaban el cielo negro en un bosque interminable de masas oscuras, salpicadas de luces y puntitos dorados. Líneas discontinuas trazaban caminos entre la maraña de edificios comerciales que...

En librerías y quioscos a \$35.000.-

EDICIONES

B
GRUPO EDITA

Los libros más nuevos para el viejo placer de leer.
Teléfono: 334-5759

R

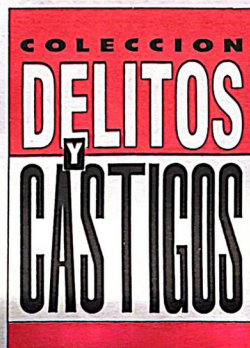
ECIBA DELITOS Y CASTIGOS EN SU CASA

- 6 números con el 10 % de descuento
- 12 números con el 15 % de descuento

LOS CASOS MAS RESONANTES DE LA HISTORIA DEL CRIMEN
EN UNA PROPUESTA NOVEDOSA Y APASIONANTE.

SUSCRIPCIONES AL
394-4554

REVISTA MENSUAL



POLICIAL EN SERIO

Hermes

Señor(es)
Dirección



CADETES POR HORA - COBRANZAS - TRAMITES
ENVIOS Y DISTRIBUCION A DOMICILIO

COLECCION

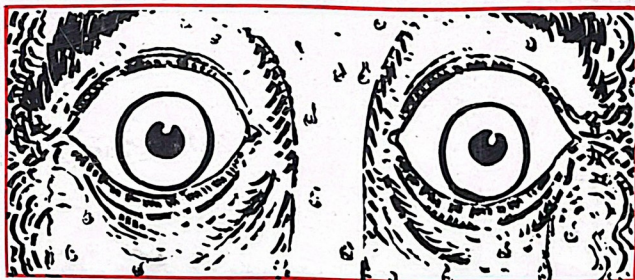
DELITOS Y CASTIGOS

PROXIMO NUMERO

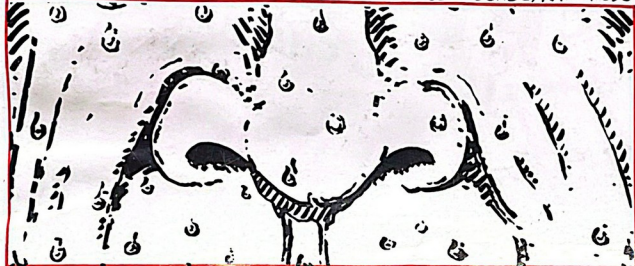
EL CASO HIDALGO SOLA

SEGUNDA SECCION:

EL SECUESTRO DE EICHMANN



PERO AHORA EN SUS OJOS EN SUS ENORMES OJOS NEGROS, HAY MIEDO



Y EN SU NARIZ, Y EN SU BOCA, Y EN SU LENGUA, Y EN SUS DIENTES



Y EN SUS OREJAS, Y EN SUS TETAS, Y EN SU OMBLIGO Y EN...



50 HISTORIETAS DE JOVENES CREADORES
RESEÑA HISTORIA DEL COMIC ARGENTINO

PEDIDOS AL 35-1652

E F T E

LOTERIA CHAQUEÑA

**LA PRIMERA
RASPADITA
CON DOS
CHANCES!**

**RASPAR
GANAR
Y VOLVER
A RASPAR**



Con Lotería Chaqueña toda la ganancia queda en el país